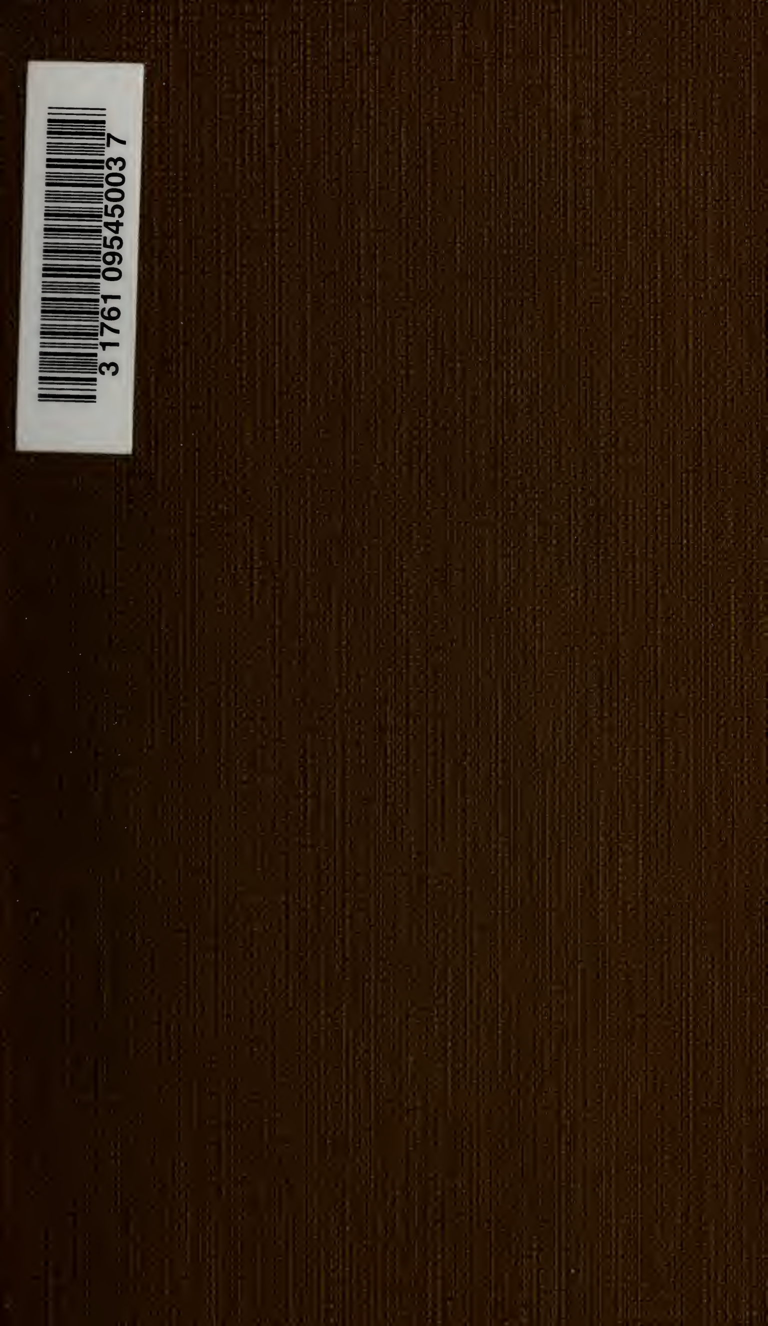

3 1761 09545003 7



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946





ALGUNAS

RIMAS CASTELLANAS

DE EL ABAD

D. ANTONIO DE MALUENDA

NATURAL DE BURGOS

(Biblioteca Nacional.—M.—328.)

SEVILLA
Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1
1892

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO



JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

BAJO LOS AUSTRIAS

POETAS CASTELLANOS INÉDITOS

Tirada de 100 ejemplares.

EJEMPLAR NÚM. 5

LS
M2615a

ALGUNAS

RIMAS CASTELLANAS

DEL

ABAD D. ANTONIO DE MALUENDA,

NATURAL DE BURGOS

Descubriólas entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid

D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO;

y las publica por vez primera, bajo los auspicios del Excelentísimo Señor

D. MANUEL PÉREZ DE GUZMÁN Y BOZA,

Marqués de Xerez de los Caballeros, á quien se dedican.

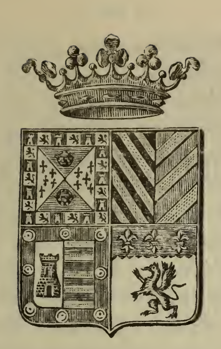


488842

31. 3. 49

SEVILLA
Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1
1892





Al Excmo. Sr. D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza, Marqués de Xerez de los Caballeros.



MI muy querido amigo: Se empeña V. bondadosamente en sumar al número ya importante de las escogidas publicaciones de que es munífico editor algunos de los poetas desconocidos é inéditos que he tenido la suerte de encontrar polvorientos é ignorados en mis exploraciones literarias. No puedo, después de tan insistentes y generosos llamamientos, dejar de acudir agradecido con el modesto óbolo de mi afortunada labor á tan exquisito obsequio; aunque cuando tiene V. pen-

dientes la reproducción de las *Flores de poetas ilustres de España* del licenciado PEDRO DE ESPINOSA y las *Obras poéticas* de GUTIERRE DE CETINA, que ilustran dos plumas de alto vuelo, y urgentemente piden la luz de la publicidad las de LUÍS BARAHONA DE SOTO, cuyo manuscrito precioso posee la Biblioteca Arzobispal de Sevilla; las de PEDRO LAINEZ, que duermen en la Nacional de París el sueño del olvido; las de EUGENIO SALAZAR DE ALARCÓN, joya de nuestra Real Academia de la Historia: y, entre otras preciosas colecciones inéditas de varios de los poetas más insignes de nuestra centuria áurea, las *Flores de varia poesía,* que, procedentes de Méjico, constituyen rica presea de nuestra Biblioteca Nacional; la *Academia del Conde de Saldaña,* que en la misma se halla; el *Cancionero* de Manuel de Faría y Souza, de que conozco dos copias manuscritas, y, por no ser más prolijo, la *Silva poética* de la Biblioteca condal de Campomanes, donde se hallan las obras desconocidas de TEJADA PÁEZ y de MIRA DE MESCUA; tal vez yo no debiera llamar la atención, con obras de menor importancia, del selecto mundo literario que V. y su gallardo hermano, el DUQUE DE T'SERCLAES, han logrado reunir

de nuevo en la siempre clásica ciudad del Betis, en torno al sol espléndido de los *Guzmanes,* que en Vds. ostentosamente refrigera el bizarro recuerdo de aquel FERNAND PÉREZ DE GUZMÁN, señor de Batres, y de aquella serie no interrumpida durante largo tiempo de próceres de la *casa ducal* DE MEDINA SIDONIA y de los de la *casa condal* DE OLIVARES, que desde el siglo XIV al XVII fueron centro perenne de cultura en nuestra patria, palenque siempre abierto á la noble emulación y progreso de las floridas letras y seno espléndido de Mecenas casi augustos.

Pero V. me lo impone con despótica tenacidad, y allá le envío las pocas rimas que han quedado, ó que yo al menos conozco, del ABAD D. ANTONIO DE MALUENDA, que de hoy más ha de ser para su ciudad natal de Burgos, antigua *caput Castellæ,* tan exhausta de ingenios de tal fuste, lo que GARCILASO DE LA VEGA para Toledo, FERNANDO DE HERRERA para Sevilla y los hermanos LEONARDOS para Zaragoza.

No dejaría de ser extraña la esterilidad poética, en que, desde el advenimiento de los tiempos modernos, ha caído una capital tan importante como Burgos, en quien

se reconoce la jefatura tradicional geográfica, civil y política de la vieja Castilla, si no se tuviesen presentes las causas que la han motivado. No hay que buscarlas en la condición moral seria, profundamente circunspecta, casi adusta, de la raza de hombres que habita sus comarcas. Estos caracteres eran los mismos en las gentes que las poblaban durante los siglos medios, y no obstante una sola localidad de la tierra burgalesa, aquella en que se asienta el histórico monasterio de San Pedro de Cardeña, llegó á ser por algún tiempo el refugio donde se anidó toda la cultura científica, histórica y literaria de la entonces aún reducida España cristiana. Un monje de Oña, capellán de la Infanta Santa Tigridia, *Dei famula,*

—Fratribus ipsa decus, gloria Virginibus,—

escribía versos latinos, de que ha quedado el epitafio de la santa, en el siglo XI. Del siglo X es el *Chronicón* latino de Cardeña. La *Crónica del Cid* se supone por algunos anterior á la *Crónica general;* y del siglo XII el *Chronicón* del Monje de Silos, el *Chronicón burgense,* y el *Poema del Cid.* Tal vez es anterior á éste la *Historia vieja del Conde Fernán-González* del monasterio de San Pedro de Arlanza, en donde uno de sus monjes escribió tam-

bién el *Poema* del mismo Conde. Estas obras son la prueba de la actividad intelectual que en aquella región existía en los siglos memorables de la sangre y el hierro.

Ya había pasado el foco de la cultura literaria de los claustros de los monasterios, en cuyo auge tanto habían florecido los de las tierras de Burgos, á los claustros de las recién fundadas universidades, y todavía en el siglo XIV aquella familia famosa de cuna judáica que en su jefe y patriarca trocó el nombre y apellido de SELEMOH HA-LEVI *(Simeón el Levita)* por el de D. PABLO DE SANTA MARÍA, y en la que florecieron vástagos tan ilustres como el célebre obispo D. ALONSO DE CARTAGENA, sostuvo en Burgos con el honor de las mitras que poseyeron sus individuos y de las altas posiciones palatinas que gozaron, desde el reinado de D. Enrique III el Doliente hasta el de don Juan II el Poeta, la reputación gloriosa de las letras que alcanzaron ya en la *Suma de las corónicas de España,* en las *Edades trovadas,* en las *Additiones notabiles ad postillas Nicolai de Lyra in totam scripturam,* y en el *Scrutinium Scripturarum* del «christianissimo y gran varón el obispo Don Pablo», ya en el *Tractado de ssant*

iohan crisóstomo, en las *Crónicas de los Reyes D. Alonso el Sabio, D. Sancho el Bravo* y *D. Fernando el Emplazado,* y en el *Doctrinal de caballeros* y en el *Libro de las mujeres ilustres* del tercero de sus hijos, el obispo también, D. ALONSO DE CARTAGENA, cuyas poesías, de que parecía estar lleno el *Cancionero general* de FERNANDO DEL CASTILLO, han sido posteriormente disputadas en sana crítica á su nombre.

Esto, no obstante, puede afirmarse que en aquella familia aun sacerdotal, que de tronco israelita y de cuna aragonesa ó navarra vino á echar en Burgos frondosísimo ramaje, no sólo se reconcentró, por todo el siglo XIV y gran parte del XV, el núcleo espléndido de la mayor cultura intelectual castellana, sino que en ella se mantuvo floreciente hasta que, en este último, desde los montes de la Finojosa y las orillas del Duero, la gran estirpe de los Mendoza, por medio del ilustre fundador de esta casa insigne, el celebrado Marqués de Santillana, trajo el más hermoso plantel del arte y de la poesía, que hasta entonces había lozaneado en España, á las comarcas de Castilla la Nueva, al solar señorial de Guadalajara y á las cinco villas de su famoso infantazgo. Aquella de-

voradora llama, que equivalió en su tiempo á una verdadera secularización de las ciencias y de las letras en nuestro pueblo, halló tanta acogida en las universidades, como espíritu de resistencia en los claustros de los monjes. Burgos tomó el partido de la resistencia, y mientras la nueva corriente inundó primero á Salamanca, después á Valladolid y Toledo y los últimamente conquistados reinos de Andalucía, las letras fuéronse paulatinamente alejando de aquella capital heráldica de la vieja Castilla, donde ya en lo sucesivo apenas floreció un poeta.

Todavía campean en los *Cancioneros* los versos de PEDRO DE CARTAGENA y de otros de los sobrinos del insigne obispo Don Alonso en unión con los de los ilustres burgaleses ALFONSO ÁLVAREZ DE VILLASANDINO, DIEGO DE BURGOS, JUAN DE PESQUERA y VICENTE DE MAZUELO. Todavía FERNÁN MARTÍNEZ DE BURGOS aparece colector de un precioso *Cancionero* castellano, coetáneo del de Juan Alfonso de Baena, donde se encuentran trovas excelentemente rimadas de D. JUAN MANRIQUE DE CASTILLA, hijo del Adelantado Mayor de León. Todavía el Abad de Oña y sabio monje benedictino FR. ANDRÉS GUTIÉRREZ DE CEREZO

escribía, durante gran parte del siglo XV, inspirados versos latinos, á par de EGIDIO ó GIL GONZALO, que al empezar el XVI celebraba en versos, latinos también, la conquista gloriosa de Orán y las demás empresas africanas del Cardenal Ximenez de Cisneros; y se hacían ilustres las tentativas literarias del *buen Conde de Haro,* D. PEDRO FERNÁNDEZ DE VELASCO, autor de *El seguro de Tordesillas,* del Rdo. Arcediano de Burgos D. PERO RODRÍGUEZ DE VILLEGAS, primer traductor del Dante en lengua castellana, por mandado de D.ª Juana de Aragón, *la bella mal maridada,* sobre quien tantos elogios hizo la poesía de su tiempo, hija del rey D. Fernando el Católico, Duquesa de Frías y Condesa de Haro, y finalmente de PEDRO DE LERMA, autor de *Farsas* que con las de Juan de la Encina, como afirma Clemencín, dieron origen al moderno teatro español. Con todo, al verificarse, en el siglo XVI, la gran transformación que experimentó nuestra literatura toda, desde la suprema cúspide del atractivo ambiente del Parnaso, los poetas de Burgos no aparecieron como partícipes de aquel gran movimiento regenerador, por la sencilla razón de que Burgos entonces carecía de poetas de gran nervio y osadía con que

entrar denodadamente en la liza abierta por el genio de Garcilaso.

En la primera mitad del siglo que llenaron de sus grandezas Carlos V y Felipe II, el beneficiado y cura de Gamonal BERNARDINO DE AVELLANEDA aún seguía haciendo coplas al antiguo estilo, y SOR JUANA RODRÍGUEZ FUENTES DE JESÚS Y MARÍA, monja Clara, y LUÍS DE LA CADENA, versos al de los petrarquistas, que merecieron los elogios de Benito Arias Montano. Nunca he podido descubrir el nombre que se oculta tras el pseudónimo de EL BURGUEÑO, con el cual se autorizan en varios *Cancioneros* inéditos de la Biblioteca Nacional muchas composiciones de un poeta que fué, bajo Carlos V, en las guerras de Alemania y Francia, digno camarada del Sr. Antonio y de D. Alonso de Leiva, de Gutierre de Cetina, del Duque de Sessa D. Gonzalo, nieto del Gran Capitán, de D. Diego Hurtado de Mendoza, de Garcilaso, de D. Hierónimo de Urrea, de D. Hernando de Acuña, de Juan Fernández de Heredia, de Fernando de Villegas, de D. Lope de Salinas y de otros á este tenor y á la vez poetas, caballeros y soldados. Pero al promediar aquel siglo el Abad FRANCISCO DE SALINAS, el ciego, que gozaba fama universal en

su cátedra de Salamanca, así movía la tecla, como metrificaba; JORGE DE BUSTAMANTE, también burgalés, traducía y comentaba las obras de Ovidio; FR. PEDRO DE ENZINAS, de la religión de Santo Domingo, escribía los versos espirituales de la *Conversión del pecador y menosprecio del mundo;* GARCÍA GÓMEZ DE ESTERMIÑANA llevaba la lira española desde Medina de Pomar hasta los lejanos dominios de la zona Filipina, que conquistaba Legazpi, y PEDRO GUEVARA DE BELORADO era el humanista escogido por Felipe II para la educación literaria de sus dos hijas las Infantas D.ª Catalina Micaela, Duquesa que fué de Saboya, y D.ª Isabel Clara Eugenia, Gobernadora de Flandes. Sin embargo, aunque casi todos estos nombres, unidos en mayor ó menor parte á los laureles pindáricos, son conocidos, hasta cierto punto, por la erudición, ninguno se impone en el cielo de la poesía castellana como astro de visible magnitud.

En la misma esterilidad se tocan y traspasan los umbrales del siglo XVII, y aunque todavía se hallaba vivo aquel Condestable Duque de Frías, JUAN FERNÁNDEZ DE VELASCO, el cual, no sólo puso en un brete con sus sátiras, que firmó con

el pseudónimo de *Perete Jacopín,* el alto espíritu dogmático y crítico del eximio poeta y preceptista sevillano Fernando de Herrera, sino que con sus versos se hubiera hecho digno de la fama popular, á haberlos vulgarizado alguna cosa, ni el carmelita descalzo y misionero de Indias FR. LEANDRO DE LA ANUNCIACIÓN, que llevó en el siglo el nombre de LUÍS DE MALGOSA; ni FR. ÁNGEL MANRIQUE, que ciñó á sus sienes la mitra de Badajoz; ni SEBASTIÁN MATIENZO, ni el beneficiado de Santa María de Tardajos, MELCHOR DE LA PLAZA, ni JOSÉ PIERRES, ni el autor de la *Heroyda Ovidiana,* SEBASTIÁN ALVARADO Y ALVEAR, ni el famoso censor de Lope de Vega, PEDRO TORRES DE RÁMILA, ni el Prior de la Cartuja de Miraflores, FR. NICOLÁS DE LA IGLESIA, fueron poetas de renombre suficiente para ilustrar con su fama la patria que les vió nacer. Hubo ya alguno, apesar de todo, de mérito adecuado para este honor; pero la desdicha ha sido que ni en su tiempo, ni posteriormente, la opinión común le dejó entrar, ignoro por qué, en el palenque de la notoriedad.

El más insigne de los poetas que han nacido en Burgos fué el ABAD D. ANTONIO DE MALUENDA, que floreció entre

los últimos años del reinado de Felipe II, y tal vez durante todo el de Felipe III, alcanzando hasta el de Felipe IV. No sólo no se han conservado noticias de tradición de este ingenio esclarecido, sino que sus propias obras poéticas han permanecido hasta aquí ignoradas, pudiéndome jactar de haber sido el primero que las ha dado á conocer, sacándolas de las umbrías de nuestro Parnaso. Respecto á la vida del poeta cuantos esfuerzos he hecho para fijar sus datos han sido infructuosos. Martínez Añibarro que, apenas hace un año, publicó el *Intento de un diccionario biográfico y bibliográfico de autores de la provincia de Burgos* (Madrid: por M. Tello: 1890), no había visto de él más que un soneto dedicado por el poeta á su sobrina D.ª CATALINA DE MALUENDA, hallado en cierto manuscrito inédito y casi anónimo del Sacristán de Vieja Rúa, que posee en Burgos D. Luís García y Martínez del Rincón. Con todo, Añibarro no sabía el nombre, sino el apellido del poeta, y lo bautizó con el del Abad de Foncea, JUAN ALONSO DE MALUENDA.

En el manuscrito que yo he registrado (BIBL. NAC.—Sala de MSS.—M. 328) y que contiene algunas de sus composiciones poéticas, las que aquí se publican, en

su mayor número *sonetos,* repetidas veces se le apellida *el Abad* D. ANTONIO DE MALUENDA. Y hay que tener en cuenta que este cuaderno, formado por un sobrino del mencionado Abad, D. ANTONIO SARMIENTO DE MENDOZA, secretario y tesorero que fué al término de sus años del famoso y turbulento D. Juan José de Austria, el bastardo de Felipe IV y la Calderona, tiene todas las trazas de documento fehaciente, pues muchas de las composiciones del P. MALUENDA se hallan castigadas y corregidas, indudablemente de su mano; de modo que no cabe dudar, por este lado, de la autenticidad al menos de su nombre.

De los escritores de su tiempo, no lo celebró en libro impreso, que yo sepa, más que el poeta y comediante sevillano Andrés de Claramonte y Corroy, el cual, en el que imprimió en Sevilla por los años de 1612 á 1613 con el título de *Letanía moral,* y que dedicó á D. Fernando de Ulloa, Veinticuatro de dicha ciudad, compendió al fin su *Inquiridión de los ingenios* invocados por él en el texto, y entre Baltasar de Mesa, «famoso por el ingenio y la representación», y D. Jerónimo Manrique, «Obispo que fué de Cartagena y después de Avila, Inquisidor General, que

trasladó el cuerpo de San Segundo en la capilla que él edificó», citaba á «el ABAD MALUENDA, *insigne varón en letras humanas y aventajado poeta de Burgos*». De esta capital evocó además Claramonte y Corroy el recuerdo de D. Alonso Manrique, Arzobispo que fué de su Santa Iglesia, y entre los poetas á quienes exaltó, había monarcas como Felipe II, «inmortal por su sabiduría, justicia y prudencia», y grandes y títulos como D. Fernando Enríquez de Ribera, Duque de Alcalá, «universal en todas las ciencias y disciplinas militares»; D. Gaspar Mercader, Conde de Buñol, «insigne caballero en armas, letras y galas»; los dos excelentísimos príncipes hermanos, el Conde de Lemos y el Duque de Taurisano, el uno Virey de Nápoles y el otro Embajador en Roma, y ambos «sapientísimos en letras y abismos en la cultura poética toscana y latina»; D. Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, «padre de las ciencias y Mecenas de los virtuosos»; el Conde de Salinas, Presidente del Consejo de Portugal, «sapientísimo príncipe y *príncipe de los poetas españoles*»; D. Félix Arias Girón, hijo del Conde de Puñonrostro, «valeroso capitán en Flandes y Apolo español»; D. Fernando de Vera y

Zúñiga, después Conde de la Roca, «ilustrísimo caballero y doctísimo ingenio de Mérida»; el Duque de Fernandina y el meritísimo de Feria, el Príncipe de Esquilache, el Conde de Niebla, el Duque de Osuna, el Príncipe de Mélito, el Conde de Saldaña, el de Saltes y el de Villamediana; á cuya heráldica cohorte apolínea añadía los poetas del oficio D. Juan de Arguijo, frey D. Antonio Ortiz de Melgarejo, Jacinto de Aguilar, Gaspar de Barrionuevo, D. Guillém de Castro, Miguel de Cervantes Saavedra, el Mtro. Vicente Espinel, D. Diego de Enciso, el secretario Tomás Gracián, Alonso de Ledesma, fray Félix Hortencio Paravicino, D. Francisco de Quevedo, D. Francisco de Rioja, Agustín de Rojas Villandrando, Julián de Armendáriz, Damián Salucio del Poyo, el Presentado Fr. Gabriel Téllez, el Maestro José de Valdivielso, Lope de Vega Carpio, Luís Vélez de Guevara y otro centenar de astros menos brillantes.

En el cuaderno inédito de las poesías del Abad de Maluenda se encuentran también dos sonetos en que personalmente se le encomia por su numen poético y por su mérito en el canto y la vihuela; siendo una de estas composiciones de un padre de la Compañía de Jesús, que me

inclino á creer fuese el P. VALENTÍN ANTONIO DE CÉSPEDES, de quien hay otros versos en el manuscrito, y la otra del egregio Conde de Villamediana. De estos elogios se deduce, que aunque su nombre no estaba popularizado, su mérito no pasaba desapercibido. Es de notar además que en el cuaderno que formó SARMIENTO DE MENDOZA las poesías del ABAD MALUENDA se intercalan con otras de los Condes de Villamediana y de Salinas, de Lope de Vega Carpio y de D. Luís de Góngora, de D. Juan de Lerma y de doña Beatriz Sarmiento, del Rector de Villahermosa y de Aguilar; de Tassis, Abad de Fitero, y de Rojas Villandrando, de Domingo y de Jerónimo de Corcuera, y de D. Felipe Albornoz. Del Conde de Villamediana hay buen golpe, y todo induce á la sospecha de que estas poesías en su mayor parte debieron leerse por sus autores en alguna Academia particular de las de aquel tiempo, acaso en el lugar donde Villamediana pasó su destierro, cuando Felipe III prudentemente lo alejó de su corte para distraerle de las aficiones irreverentes que despertaba en su ánimo la joven y real esposa de su primogénito, D.ª Isabel de Borbón.

Aunque entre los sonetos de Villame-

diana, contenidos en el cuaderno de SARMIENTO DE MENDOZA, los hay consagrados «á la visita que hizo Felipe II á los Pirineos, cuando se hicieron las entregas», «al Cardenal Infante», «á la temprana muerte del Conde de Coruña» y «á don Rodrigo Calderón». Así en este poeta, como en los demás, sin exceptuar al ABAD MALUENDA, el asunto predilecto estriba sobre querellas de amor, asunto casi inexcusable por aquel tiempo en aquella clase de distracciones literarias. El soneto del Conde de Salinas es aquel que dice:

Una, dos, tres estrellas, veinte, ciento,
Mil, un millón, millares de millares...
¡Válgame Dios, que tienen mis pesares
Un retrato en el alto firmamento!

Tú, norte, siempre firme en un asiento,
Á mi fe será bien que te compares;
Tú, bocina, con vueltas circulares
Y todas á un nivel, á mi tormento.

Las estrellas errantes son mis dichas:
Las fijas son como los males míos,
Los luceros los ojos que yo adoro.

Las nubes, en su efecto, mis desdichas;
Pues crecen con sus aguas y hacen ríos
Como yo con las lágrimas que lloro.

Uno de los varios sonetos de Villame-

diana insertos en el manuscrito de SARMIENTO parece escrito en competencia çon el del Conde de Salinas, y sobre un mismo asunto, pues dice de esta manera:

Las no cuajadas perlas de este río
Que en urna breve su cristal desata,
Undoso plectro son, urnas de plata,
Que alternan voz y llanto con el mío.

Fortuna, pues que en el común desvío
El bien conforme siempre desbarata,
Grillos de hielo á margen pon ingrata
Cuando á hierros vincula mi albedrío.

Articulado, pues, el sentimiento
En líquida teorba, en triste canto,
Quejas damos recíprocas al viento.

Dulce de Orfeo emulación, en cuanto,
Animadas sus aguas con mi acento
Su caudal enriquecen con mi llanto.

No obstante, en los demás sonetos de Villamediana su mal reprimida pasión salta todos los valladares del respeto, y en alguno, como el que sigue, presumiendo saber callar, se desborda demasiado elocuentemente. Hélo aquí:

¡Oh cuánto dice en su favor quien calla!
Porque de Amor sufrir es cierto indicio,
Y el silencio el más puro sacrificio
Y adonde siempre amor mérito halla.

Morir en su pasión, sin declaralla,
Es de quien ama el verdadero oficio;
Que un callado llorar por ejercicio
Por sí da más razón, no osando dalla.

Quien calla, amando sólo, amando muere;
Que el que acierta á decirse no es cuidado:
Menos dice y más ama quien más quiere.

Porque si mi silencio no ha hablado,
No sé deciros más, que, si muriere,
Harto os ha dicho lo que yo he callado.

El tono declamatorio y melancólico de todas las poesías que eran objeto de aquellas Academias debía constituirlas en una reunión de tristes y en un ejercicio lacrimoso de Viernes Santo. No había excepción: todos se expresaban lo mismo, fueran poetas grandes ó poetas en agraz. Díganlo los siguientes entre otros del cuaderno que analizo:

DE FELIPE DE ALBORNOZ

Piadosa fuente, que inocente haces
Cristales de claveles y rubíes,
Y cuando más te alegras y te ríes
En lágrimas de sangre te deshaces;

Pues que en los brazos de la nieve naces,
No será menester que el curso enfríes,
Si, haciendo de las rosas alhelíes,
Aun tu mismo rigor no satisfaces.

Hermosos lirios que de azules vetas
Listáis el campo de la nieve pura,
Tocad á recoger sangre vertida:

Corred la puerta ya: que á pocas tretas
¿Quién hizo sobre celos picadura,
Que no diese la sangre con la vida?

DE AGUSTÍN DE ROJAS VILLANDRANDO

Amiga soledad: ¡qué buenos días
Con estas fuentecillas he pasado,
Adonde cuidadoso y descuidado
Gozo de tus seguras alegrías!

En el silencio de las noches frías,
En la cama común del verde prado,
Duermo entre los pastores y el ganado,
Obras de Dios y posesiones mías.

Viene aquí el desengaño á visitarme,
Y advirtiendo las redes engañosas
Me enloquece saber lo que ignoraba:

Ahora sí que pienso remediarme,
Pues sé que mis desdichas espantosas
Mi locura y no el tiempo las causaba.

DE D. JUAN DE LERMA

No es mío el corazón, porque os le he dado;
Ni vuestro, porque no le habéis querido;
Á mí no ha de volver, que aborrecido
Le tengo, pues de vos es desamado.

Pues darle á otra beldad, tan excusado
Será, como de vos ser admitido;
En mí, ni en vos, ni en otra recogido;
¿Dónde albergar el corazón cuitado?

Amor que ni por fuerza ni con ruego
Pudo hacer con el vuestro lo que quiere,
Quede altivo, desprecie mis despojos.

Porque, siendo tan fiel, no se le müere,
Se alimenta en el aire de aquel fuego,
Que os quita á vos de los hermosos ojos.

DE D. ÍÑIGO DE CORCUERA

¿Cuándo podréis gozar mis ojos tristes
Y ver la luz serena que mirastes,
Pues sin vida y semblante me dejastes,
Y tanto mal con tanto bien me hicistes?

Dichosos con razón diréis que fuistes,
Por más que en dulce fuego os abrasastes,
Pues en la propia llama que os quemastes
La vida recobráis que en él perdistes.

Querría veros fuera del engaño
Que la esperanza loca os asegura
Y lejos de este mal en que me veo.

Y aunque conozco claro el desengaño,
Ha llegado á tal punto mi locura,
Que lo que más me daña más deseo.

Las excelentes relaciones que por todos estos datos se colige sostuvo en su tiem-

po el ABAD D. ANTONIO DE MALUENDA con gran parte del mundo literario de su siglo inspiran la justificada extrañeza que produce el silencio tenaz que se advierte acerca de su nombre. Lope de Vega no lo contó entre los aplausos que prodigó hasta para los ingenios más oscuros en su *Laurel de Apolo* y en sus *Epístolas*. No hay academia literaria conocida, versos laudatorios de los que eran tan comunes en los preliminares de todo libro que se publicaba, ni ningún otro certamen ó torneo de los que fueron en su tiempo muy frecuentes con motivo de toda clase de fiestas religiosas ó profanas, en que aparezca el nombre de nuestro poeta. Uno de sus sonetos consagrados á la muerte de Felipe II, tiene nota en su encabezamiento de que fué premiado en Salamanca en certamen público con un diamante y cincuenta ducados; pero los versos de aquel certamen, ó no fueron publicados ó se han perdido.

Tal vez pertenezca á los tiempos de la vida escolar y universitaria de Salamanca también el siguiente soneto íntimo consagrado á D. Luís de Góngora, educado también en aquellas aulas, donde le da el nombre arcádico de Aliso, y que dice:

Á D. LUÍS DE GÓNGORA

¿Viste al romper del sol la noche obscura
El alba, Aliso, de cristal bordada,
Bajar la nieve á copos rastreada
Desmintiendo á los ojos su hermosura?

¿Has visto del naranjo la flor pura
En aromas sutiles destilada,
Bermeja rosa en leche deshojada
Y de la tersa plata la lisura?

Si de estas varias cosas, pues, te admiras
Y no puedes creer que humanamente
En un sujeto el cielo las retrata;

Mira; verás, si el rostro á Julia miras,
Cuello, boca, nariz, ojos y frente
Alba nieve, azahar, rosas y plata.

Apesar de todo en los documentos poéticos de su edad se hace muy difícil rastrear la menor noticia de la importancia literaria que le debió reconocer su siglo, ni siquiera de su existencia.

Esta ignorancia ha trascendido hasta nosotros, y habiendo procurado yo investigar en Burgos algunos datos que me condujeran al secreto de su vida, á cuantas personas de reconocida ilustración se ha encomendado este trabajo les ha sido, del mismo modo que á mí, completamente

imposible hallar el hilo de lo que se buscaba. El P. Fr. Bernardo Robustiano Martínez, benedictino exclaustrado del convento del Espino, el erudito D. Ramón Lairano, el P. Tarave, Prior del Carmen, D. Pedro de Alba, persona de gran ilusción y memoria, el P. Guepín, Prior de Santo Domingo de Silos, y el P. Mario, bibliotecario y archivero del mismo, y el diligente escritor D. Eloy García Concellón, que ha publicado en *El Globo* una carta que me ha dirigido sobre este asunto (27 Enero 1891), ninguno ha logrado dar con el personaje de que me ocupo. Los más han confundido su nombre con el de otro abad en la orden de San Benito, llamado también D. ANTONIO DE MALUENDA, de quien escribió el P. Fr. Antonio de Yepes en el tomo jv, centuria jv, página 742, columna primera de su *Crónica General,* impresa en Valladolid en 1613. Pero este abad, que por dos veces lo fué de San Juan de Burgos, de 1559 á 1562 y de 1566 á 1569; que ejerció la misma dignidad en San Vicente de Salamanca en 1578; que, habiendo nacido en Burgos en 1498, se retiró después y profesó en Monserrat de Cataluña, y que en 1545 parece fué llamado por la santidad de Paulo III, como gran teólogo, al concilio de

Trento, es anterior al autor de las poesías, de quien tal vez fuera padrino de pila, y á quien sólo pudo conocer muy niño, pues éste floreció evidentemente en los últimos años de Felipe II y durante el reinado de Felipe III, alcanzando tal vez el de Felipe IV.

Las personas consultadas en Burgos por mí, valiéndome para ello de la propicia disposición del entusiasta burgalés y complaciente amigo mío D. Gregorio Hetzel, lamentan la ausencia de los archivos de la orden benedictina, destrozados todos por la avalancha perseguidora de nuestro siglo, en los períodos más lamentables de sus devastadoras revoluciones. El P. Robustiano, en su nota, hace constar que los libros y papeles del convento de Santo Domingo de Silos, donde cree que pudiera haberse rastreado más, se distribuyeron entre las bibliotecas provinciales de Burgos y de Soria, después de haber hecho en ellos feroz y vituperable expurgo un comisionado francés, que dió dos mil duros por los que escogió y se llevó. No obstante, en esta misma nota se daban más adelante algunos datos de mayor importancia, pues expresaban que en Burgos la casa de los Maluendas en la calle de Fernán González es muy antigua y de

heráldico solar, procediendo de ella el marquesado de Castrofuerte, y que los descendientes del Marqués poseen un manuscrito en que consta que D. ANTONIO DE MALUENDA, su antecesor, fué canónigo de aquella catedral y dignidad de *Abad de San Millán,* hacia el año de 1586.

En mi concepto aquí es donde se apunta con acierto al verdadero autor de las poesías de que me ocupo; pero estas noticias, que no he logrado hacer después más extensas, son insuficientes para reconstruir sobre ellas la noción de la vida de nuestro poeta. Me inclino á creer que el ABAD DE MALUENDA debió nacer de 1560 á 1565, tomando el nombre de su preclaro deudo el teólogo famoso de Trento; que hacia 1578, en que éste fué Abad de San Vicente de Salamanca, el hidalgo joven debió practicar sus estudios literarios en aquella Universidad maestra, y que la canongía con la dignidad abacial de San Millán le debió ser agraciada durante sus años juveniles y antes de recibir las órdenes sacras, como era entonces de frecuente uso en el que nuestros Monarcas hacían de su preciosa regalía en favor de los alumnos de las familias nobles que se dedicaban á los estudios eclesiásticos. Así, según los datos del P. Robustiano,

en 1586 disfrutaba ya la canongía de Burgos con la dignidad abacial el joven don ANTONIO DE MALUENDA, que á la sazón tendría pocos más pocos menos unos veinte años; así en 1598 se le ve tomar parte en Salamanca en los certámenes poéticos verificados con motivo de la muerte y honras del rey Felipe II; y así todavía diez años más tarde sus versos apasionadamente amorosos alternan en el cuaderno formado por su sobrino D. ANTONIO DE SARMIENTO Y MENDOZA, después de 1628, con los demás poetas que antes se han mencionado, algunos naturales de Burgos, como D. Juan de Lerma y los hermanos D. Jerónimo y D. Íñigo de Corcuera, y que con el desterrado Conde de Villamediana se entregaban á las dulces retóricas lamentaciones de amor. Cuando Claramonte y Corroy le celebró en 1612 en su *Letanía moral,* sólo le alabó como *insignissimo varón en letras humanas y aventajado poeta,* siendo extraño no tuviera la menor frase encomiástica todavía para las virtudes del sacerdote; y si á la letra de sus composiciones hay que atenerse, MALUENDA, sin renunciar á la prebenda, que disfrutaba, no llegó á abrazar el estado eclesiástico sino en el último período y en edad avanzada de su vida.

De sus inclinaciones ardientemente amorosas, sus propios versos dan autorizado testimonio. No sólo poseía el dón de los númenes de Apolo, sino que, así el Conde de Villamediana, como el incógnito P. Jesuíta, que escribieron sonetos en su alabanza, le encomiaron por su habilidad en la vihuela; á cuya aseveración se junta el elogio que MALUENDA hace en un soneto suyo de D.ª Ana de Zuazo, dama de palacio, tan consumada en el canto, que Vicente Espinel la incluyó entre las deidades de su tiempo á quienes dió puesto inmortal en su poema de *La Casa de la Memoria*. Los versos de Espinel dicen:

> Llegó doña Ana de Zuazo al coro,
> De Agustina de Torres prenda cara,
> Y de voz y garganta abrió el tesoro
> Diestra, discreta, y una y otra rara.
> Y guardando al pasaje su decoro,
> Los labios mueve, sin mover la cara;
> Mostró siguiendo tan discreta senda
> Ser de tal madre soberana prenda.

De los versos de Espinel se viene en conocimiento de que D.ª Ana de Zuazo era hija de otra música y cantante no menos consumada, D.ª Agustina de Torres, mujer del médico Andrés de Zuazo, oriunda de Salamanca y cuya casa fué, en las

mocedades de López Maldonado, de Vicente Espinel y probablemente, y entre los demás aficionados al punto y al contrapunto, del ABAD DE MALUENDA, el centro de la poesía y de las artes en la sabia ciudad del Tormes. En el *Cancionero* de López Maldonado, impreso en Madrid por Guillermo Droy en 1586, hay, al f. 101, una *Elegía á la Sra. Doña Agustina de Torres en la muerte de su madre,* en la que, consolándola el poeta por los extremos de su dolor, le decía:

Enjugad, pues, los ojos, cuya lumbre
Hace que la del sol no lo parezca
Cuando es más viva en su dorada cumbre.
No permitáis, señora, que perezca
Y juntamente tan heróica gloria,
Sino que, á causa vuestra, siempre crezca.
Y que en dichosa y abundante historia,
Como de cosa en él jamás oída,
Quede al mundo de vos firme memoria.
De música y de musas la manida
Sois, y si le faltáis, amarga muerte
Cortará el hilo de su dulce vida.

Vicente Espinel conservó siempre la amistad de D.ª Ana de Zuazo, á la cual dedicó la canción inédita que posee original el Sr. Sancho Rayón; y además del soneto del ABAD DE MALUENDA que aquí

se estampa por primera vez, existe en las *Rimas* de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, que se publicaron en 1618, otra composición del mismo género de este poeta á la muerte de tan esclarecida dama, cuya dulce voz fué la admiración de sus contemporáneos. Dice así:

Ana, que, desnudando la vileza
De la mortalidad acá en el suelo,
En la que en tí quedó parte del cielo
Gozando estás de la inmortal belleza;

Descansa en tu mejor naturaleza
Allá donde jamás llegó el recelo,
Y á la única verdad levanta el vuelo,
Pues no le ocupa la inferior pereza.

Por la mejor, la luz del sol perdiste,
Abriendo puerta á los comunes daños
Que por tu muerte vivos los contemplo.

Porque como ejemplar siempre viviste,
Robó la muerte tus honestos años,
Más que á tu vida, á nuestro buen ejemplo.

Las dos fechas de 1586, en que se publicó el *Cancionero* de López Maldonado con la *Elegía á Doña Agustina de Torres por la muerte de su madre*, y la de 1618, en que aparecieron las *Rimas* de Salas Barbadillo con el soneto *Á la muerte de Doña Ana de Zuazo*, sirven para apreciar

con precisión la época en que el ABAD D. ANTONIO DE MALUENDA escribió al menos la poesía del mismo género que consagró al elogio de la gloriosa artista y dama de palacio.

En corroboración de algunas de las ideas anteriormente expuestas para justificar los datos con que yo reconstruyo, en lo posible, la vida de nuestro poeta, pudiera alegar algunos de los sonetos de la presente colección. Pero, si no hubiese una disconformidad de fechas que me abruma, me atrevería á sostener la sospecha de que el autor de las *Poesías* inéditas de un autor que Martínez Añibarro cita entre los escritores anónimos de la provincia de Burgos con el pseudónimo del *sacristán de la Vieja Rúa,* no es otro que nuestro famoso Abad y poeta. Fundo el dictamen que me hace abrigar esta opinión, en las mismas razones que ha alegado el Sr. Martínez Añibarro, que parece es el único que ha estudiado hasta ahora bien el MS. de las *Poesías del Sacristán de Vieja Rúa,* para considerar á su autor anónimo como «hombre de ilustración y de mundo y principios»; con una «vida extraviada, tal vez licenciosa, que le deja reducido á la condición que describe y á remordimientos»; y que «no

se concretó á escribir para sí y sus amigos, sino que debió adquirir algún nombre y reputación». Ni creo que naciera en 1584, como en un romance, demasiado jocoso para autobiográfico, se dice; ni creo que muriera después de 1644, como el Sr. Martínez Añibarro expresa; teniendo yo graduada la vida de MALUENDA por lo auténtico que de él conozco entre 1560 ó 65 y 1625 ó 30.

La oda que Martínez Añibarro publica con el título de *Desengaños del amor del mundo,* no sólo se identifica enteramente en concepción, elocución poética y estilo y magnificencia y elegancia de expresión con las demás obras conocidas de MALUENDA, sino que no es más que el pensamiento que encierra el soneto que principia

Ya amaneció el dichoso y claro día...

expresado con mayor amplitud y en otra forma. En el primero de los apéndices de este librito se inserta, y mis lectores hallarán sin duda en él las mismas analogías que yo encuentro con las demás obras de MALUENDA. En el romance á la *Vida del Sacristán de Vieja Rúa,* que va también en los apéndices, y que Martínez Añibarro conceptúa autobiográfico, el autor da muchas noticias que enteramente convie-

nen con las que de la vida, estudios y persona de MALUENDA debemos concebir ó tenemos por averiguadas. Aunque siempre en tono chancero, acerca de su instrucción dice:

Un Antonio de Nebrija
Fuí en la gramática rancia,
Y otro Ambrosio Calepino
Romancista en lenguas varias,
De las cuales las tres lenguas,
La griega, hebrea y caldáica,
Como quien bebe con guindas,
En bebiendo, las hablaba.
Tan gran retórico fuí
Que el atento á mi elegancia,
Si no era sordo me oía,
Y en no andando, se paraba.
En Artes me gradué,
Y con ser por Salamanca,
Me hallé después de tal grado,
Más asno que antes estaba.
Letras profesé divinas,
Y queriendo en las humanas
Hacer también profesión,
Novicio quedé en entrambas.
La Teología dejé,
Que entre sus cuestiones altas,
Era ponerme á cuestión
De tormento el disputarlas...

También, aunque en burlas, habla de su canongía y dignidad abacial honorífica, acerca de lo cual dice:

Beneficios tuve simples,
De los cuales me hizo gracia
Por el Nuncio de Toledo
El que en Madrid las despacha.
Canónigo fuí de anillo,
Y no anillo de oro y plata,
Que aqueste anillo ó sortija
Fué sortija de almorranas.

Después de esto comienza su retrato físico.

Martínez Añibarro ha entresacado de las *Poesías del Sacristán de Vieja Rúa* un soneto que lleva por título *Á Doña Catalina de Maluenda, sobrina del Homero burgalés el Abad de Maluenda;* y en el cuaderno manuscrito de la Biblioteca Nacional, formado por su sobrino también D. Antonio de Sarmiento y Mendoza, se encuentra otro soneto del mismo *Á Don Francisco de Maluenda en la muerte de su padre,* y aun otro tercero *Á Doña Isabel Sarmiento, su sobrina, cuando tomó el velo en las Descalzas de Madrid.* Los poetas y escritores que elogiaron al ABAD D. ANTONIO DE MALUENDA coinciden todos en apellidarle *el Homero de Burgos,*

y él, mofándose de estos motes, escribía en uno de sus admirables epigramas, en cuyo género MALUENDA, si las *Poesías del Sacristán de Vieja Rúa* son suyas, no ha tenido semejante en España ni en lo cultamente ático, ni en la pureza y clasicismo de la forma, muy superior á la de los célebres de Baltasar del Alcázar:

Á BARTOLOMÉ LEONARDO

No vió antes ni después
Esta edad vieja ni moza
Igual al que en Zaragoza
Murió *Homero aragonés.*
Fábula parece, y es
Verdad tan cierta y sabida,
Cual nunca vista y oída;
Que un poeta ¡extraña suerte!
Quedase tan rico en muerte,
Y fuese tan gordo en vida.

Basta la lectura de los epigramas que se han entresacado de entre las *Poesías del Sacristán de Vieja Rúa,* para apreciar en él un poeta de gran altura, como lo fué MALUENDA. Yo no puedo renunciar á reproducir aquí algunos de ellos, haciendo observar que todos van dirigidos á un nombre poético, en quien se personifica el interlocutor del poeta. Su corte es es-

cultural: son todos originales, y parecen arrancados del módulo clásico de Marcial.

Á FILIS

Desternillate de risa,
Filis, cuando llama Horacio
Á la retama topacio
Porque Amarilis la pisa;
Porque bien mirado, Filis,
Sin andarnos por las ramas,
Las retamas son retamas,
Aunque las pise Amarilis.

Á FANO

De los epigramas mios
Dicen, Fano, que murmuras
Con gran ansia y grandes bríos:
Que unos por fríos censuras,
Y otros porque no son fríos.
Pero el remedio es muy llano:
No murmures de un cristiano
Ni te vayas al Infierno:
Lee los unos en verano,
Y los otros en invierno.

Á OTÓN

Llamas bien, amigo Otón,
Con no menor propiedad

Que buena comparación,
Á la mujer voluntad
Y entendimiento al varón.
Uno por estar dotado
De razón en alto grado,
Y otra, de quien Dios nos libre,
Por ser libre, y ser tan libre
Que jamás se ha sujetado.

Á CELIA

Santa y buena devoción
Es la de cualquiera santo;
Pues en cualquiera ocasión
Necesitas, Celia, y tanto
De abogado y de patrón.
Pero el buen Devocionario,
El más común y ordinario
Que en mujeres más agrada,
Es la estación continuada
De San Lino y San Hilario.

Á OPONTO

Aunque no canta muy bien,
Compone Oponto muy mal,
Por andar en todo igual
En voz y en musa también.
Y así son, cuando los usa
Con boca y pluma veloz,

Musa digna de tal voz,
Y voz digna de tal musa.

Á CINTIO

Si feliz puede llamarse
Mortal hombre en este suelo,
Y antes de gozar el Cielo
En su pura luz bañarse;
Es Cintio, quien, sin pelea
De tristeza enojo ó ira,
De cuanto en el mundo mira
Nada en el mundo desea.

Á OTÓN

Si quieres vengarte, Otón,
De Lisdauro, tu enemigo,
Y hacer en él un castigo
Muy á tu satisfacción;
Dale por más crüeldad
De tu vengador intento
Oficio en Ayuntamiento,
Ó cargo en comunidad.

Á CELIO

Celio, es ya muy de poetas
Ser pastores en amando,
Más sus nombres disfrazando
Que sus razones discretas;

Mas hay unos tan groseros
Y á tan mal lenguaje asidos,
Que, fingiendo ser fingidos,
Son pastores verdaderos.

Á SILVIO

Es semejante al enano,
Silvio, aquel á quien fortuna,
Sin virtud ni ciencia alguna
Pone en lugar soberano.
Que aunque en alto puesto exceda
El lugar do se pusiere,
Reparará quien le viere
Que siempre enano se queda.

Á SILVIO HIPÓCRITA

Finge, Silvio, santidades
Todas cuantas tú quisieres,
Y engaña á cuantos pudieres
Con aparentes verdades.
Pues, aunque á tantos persuades,
Á Dios, que todo lo ve,
Ni á mí, que no te doy fe,
Jamás nos engañarás:
Á Dios, porque no podrás;
Y á mí, porque no querré.

Á CELIO

Los campos de flores llenos,

Celio, y los árboles tejidos,
Dulces para los sentidos
Y para deleites buenos;
Si de gentes no los vistes,
Aunque más me los abones,
No serán recreaciones,
Sino soledades tristes.

Á LA VALENTÍA

Suele ser la valentía
Tan cuerda como paciente,
Y así el hombre más valiente
Nunca jamás desafía.
Por parecerse al león
Que, con ser tan esforzado,
Dicen que siempre es forzado
Para entrar en la cuestión.

Á QUINTO

No te muelas ni me muelas,
Quinto, en decirme que Prado,
Aunque gordo, es buen letrado;
Que para mí son novelas.
Pues cuando más te desvelas
En probar tal desvarío,
Tanto más de tí me río
Y de tu incierta probanza:
Porque letrado con panza
Es tonto de regadío.

Á FABIO

Miró con claros antojos
Naturaleza, á mi ver,
Que era menester poner
Niñas dentro de los ojos.
Porque, á poner otra gente,
Fuera imposible dejar
De cansarse de mirar
Tanto objeto indiferente.

Á MARCELO

La nobleza de tu abuelo,
Marcelo, y la de tu padre,
Es suya; y la de tu madre
Es de tu madre, Marcelo.
Que la tuya es diferente,
Porque no es noble el que nace;
Sino el que viviendo se hace
Noble por sí solamente.

Á GERARDA

Dinero, hacienda y haberes,
Bienes muebles y raíces,
Amiga Gerarda, dices
Que procuráis las mujeres.
¡Oh vil interés! ¡Cuál eres,
Y cuál vosotras también!

Pues ya no mostráis desdén,
Disfavores, ni desdenes,
Tanto á los hombres de bienes
Como á los hombres de bien.

AL SECRETO

El secreto tanto importa
En cualquier caso de afrenta,
Que si se dice, se aumenta,
Y si se calla, se acorta.
De do puede colegirse,
Como claro puede verse,
Que no es afrenta el hacerse,
Sino sólo el descubrirse.

Á BELISARIO

No acabas de encarecer,
Belisario, el gran favor
Que hace el celoso Antenor
En fiarte su mujer.
Pero yo, al revés, tendría
Tal favor por muy escaso,
Que hace de tí poco caso
El que su mujer te fia.

Entre las composiciones del volumen manuscrito de *Poesías del Sacristán de Vieja Rúa* entresacadas por Martínez Añibarro para dar una muestra del numen

del autor anónimo, hay un soneto *Á Jacinto* que traspira por todos sus versos el pensamiento, la forma, la elocución, el estro, en fin, de MALUENDA, que domina en todas las obras que son como los desahogos de su alma, cuando renunciando á los placeres mundanos, se acogió al servicio de la Iglesia. Este Jacinto era también otro sobrino del abad: Jacinto Alonso de Maluenda, natural de Valencia, que en 1629 publicó en esta ciudad el *Tropezón de la risa* y en 1631 el *Bureo de las Musas*. El referido soneto también hace recordar otro al santo del mismo nombre, que aparece entre los religiosos del cuaderno formado por Sarmiento y Mendoza. Pero el que me cuesta trabajo no incluir en la colección como evidentemente suyo, aunque no consta en el manuscrito de la Biblioteca Nacional, es el que sigue:

AL SEPULCRO

DEL GRAN MAESTRO DE CAPILLA DE BURGOS, BERNARDO DE PERALTA, QUE MURIÓ ELECTO EN LA CAPILLA REAL

Yace debajo de esta losa fría,
Urna funesta de jovial contento
El maestro Peralta, el gran portento
De suavidad, dulzura y melodía;

El Orfeo español, cuya armonía
Con dulce consonancia y blando acento,
Parando el agua y suspendiendo el viento,
Las piedras y los árboles movía.

Llamábanle dos reyes, los mayores
Que mira en Cielo y tierra el Dios de Delo,
Para hacerle en un tiempo mil favores.

Mas vista la humildad de los del suelo,
Dejó por alcanzar otros mejores,
La capilla rëal por la del Cielo.

No teniendo á mi disposición el manuscrito que Martínez Añibarro ha detallado, me es imposible fijar más los puntos de semejanza que encuentro entre las composiciones poéticas contenidas en el cuaderno de Sarmiento y Mendoza y las del manuscrito anónimo de Burgos. Éste, al parecer, debía estar destinado á la publicación, según denota la estudiada y prolija distribución de sus partes; no así el cuaderno de Sarmiento, que revela más bien un manuscrito íntimo. La obra del *Sacristán de Vieja Rúa* está dividida en diez libros con cien poesías cada uno, numeradas en la margen izquierda. Estas cifras son demostración de la fácil y abundante vena del autor. El libro primero llega hasta la página 90; el segundo hasta la 162; el tercero hasta la 244; el cuarto

hasta la 304; el quinto hasta la 380; el sexto hasta la 452; el sétimo hasta la 525; el octavo hasta la 592; el noveno hasta la 646, y el décimo hasta la 801.

En el cuaderno de la Biblioteca Nacional se intercalan las composiciones del ABAD DE MALUENDA entre las de otros poetas, algunos mucho más antiguos que él, como las de Gutierre de Cetina y los que le fueron contemporáneos, entre los que se cuentan algunos otros ingenios burgaleses de quienes tampoco han quedado á la posteridad más obras en verso. Hay que buscar al fol. 15 de dicho cuaderno, pasando antes por una porción de hojas del mismo modo copiadas de diferentes autores y de diversos asuntos, para encontrar el título de este pequeño mamotreto. En efecto, después de una portada al fol. 14, que dice: «*Cuaderno de curiosidades, por el licenciado Pedro Mazanedo: enmendado y comentado por el licenciado D. Francisco y D. Alonso de la Torre,* á cuya portada no corresponde nada de lo que sigue, al fol. 15 se encabeza la página con estas palabras:—«*Síguese un cuaderno de poesías selectas recogidas de lo acendrado*», y á la vuelta:—«*Poesías varias de primera clase*». En efecto, muchas lo son á no dudarlo, y las autorizan

correlativamente, como antes he indicado, los nombres de D. Juan de Lerma, doña Beatriz Sarmiento, dama de palacio, el Rector de Villahermosa, Aguilar (¿el valenciano?), D. Antonio Sarmiento de Mendoza, D. Felipe de Tassis, Abad de Fitero, hermano bastardo del Conde de Villamediana, de quien también hay después algunas poesías, D. Gabriel Bocángel y Unzueta, D. Luís de Góngora, Gutierre de Cetina, D. Juan de Arguijo, Céspedes (¿el P. Valentín?), D. Antonio de Mendoza, D. Íñigo de Corcuera, D. Felipe Albornoz, el Conde de Salinas, D. Jerónimo de Corcuera, Rojas (¿Agustín?), el doctor Mudarra (¿D. Bartolomé de Ahumada?), don Agustín de Tejada Páez, Tomás Crato, Francisco López de Zárate, Pablo Gudiel, D. Diego de Colmenares, Ludovico Gonzaga y Juan Bautista Mesa.

De los sobrinos del ABAD DE MALUENDA, D.ª BEATRIZ SARMIENTO, dama de la Reina, y D. ANTONIO SARMIENTO Y MENDOZA, que sirvió más tarde á D. Juan de Austria, no hay más que tres sonetos, en uno de los cuales se encuentra un dato por el que se ve que el cuaderno se formó después de 1628. Del otro sobrino Jacinto Alonso, el de Valencia, ninguna muestra de su regocijado ingenio. Hé aquí los sonetos referidos:

DE DOÑA BEATRIZ SARMIENTO
DAMA DE PALACIO

AL DESENGAÑO EN GEROGLÍFICO DE UNA MUJER QUE ESLABONABA UNA CADENA Y ARROJABA LOS ESLABONES Á SU ANTOJO

En frágiles cimientos fabricaba
Altivas torres que en el viento hacía,
Y como ya por firmes las tenía
Todo el caudal en ellas empleaba.

Fué la primera piedra en que fundaba
Este edificio la esperanza mía,
La verdad, y labrada la tenía
Con los golpes que en ella el tiempo daba.

Pero ya derribados por el suelo
Rompo del cautiverio la cadena
Y eslabones ofrezco al desengaño.

Admití la razón; cesó el desvelo,
Y aunque el conocimiento me da pena,
Poco á poco me libro de su daño.

DE D. ANTONIO SARMIENTO

Á SU PRIMA DOÑA ANDREA SARMIENTO, DAMA DE PALACIO, QUE ENTRÓ DE REPENTE DONDE ÉL ESTABA

¿Qué esplendor inmortal, qué soberana
Luz superior de nuevo resplandece,
Que á cuanto milagroso se encarece
En hermosura vence más que humana?

Tal de cándida nieve y rosa grana
Con rosadas mejillas se aparece,
Cuando en los campos de zafir se ofrece,
Ostentando bellezas, la mañana.

No es diosa: mayor es: pues la hermosura
Del honesto bellísimo sujeto
En quien la muda admiración se emplea,

En dulce agrado y regia compostura,
Que infunde igual amor, igual respeto,
Muestra que es la señora doña Andrea.

DE D. ANTONIO DE SARMIENTO
EN BURGOS
Á LOS PREDICADORES DE LA CUARESMA DE 1628

LERMA, á sí igual, á todos eminente,
Riñó severo, persuadió suave;
Si en propia lengua la alabanza cabe,
Dirá la suya él solo dignamente.

Con dulce estilo RIVAS elocuente
Pintar hablando cultamente sabe,
Fértil planta de fruto y flores grave
Que le da y le promete juntamente.

SOMOZA en todas letras fué admirable;
Uno y otro RECTOR en ciencia raro,
Docto el RECTOR y PARRA venerable.

CARRILLO á las sagradas letras caro;
BRAVO en su edad mostró caudal notable,
Dignos de ilustre fama y nombre claro.

Siendo uno mismo el genio de las poesías de MALUENDA en los dos manuscritos, en las del cuaderno de Sarmiento se nota mayor fluidez, más naturalidad, más frescura; en las del Sacristán de Vieja Rúa más estudio, más forma, más arte. Los primeros, versos de pasión, de amor, de desenvoltura, son más espontáneos, más límpidos, más impetuosos; en los segundos el talento se impone al numen, la reflexión á la inspiración, y aunque como dice muy bien Martínez Añibarro, en éstos parece notarse algo como imitación al estilo de Quevedo en lo conceptuoso de los pensamientos y en los giros llenos de retruécanos, participando de las libertades de aquél y de la manera de discurrir y pensar que tan peculiar le es, siempre conserva el sello del genio propio y de la originalidad, ya en las composiciones amatorias, heróicas y laudatorias, ya en las profundas y filosóficas, de las que sus valientes epigramas, en su propio laconismo, son un modelo de fina crítica, de alta sentencia y de culta y ática dicción.

Á los escritores de Burgos, que tienen más cerca las fuentes de donde debe brotar toda ilustración biográfica y crítica sobre el ABAD D. ANTONIO DE MALUEN-

DA, y principalmente á los Sres. Martínez Añibarro y García Concellón, que ya han hecho trabajos sobre este poeta hasta aquí desconocido, toca, no sólo acabar de descifrar el secreto y remover el olvido en que injustamente se le tiene, sino concordar, en presencia de la colección que aquí se publica y del manuscrito que posee D. L. García Martínez del Rincón, el carácter de unas y otras composiciones y discernir si pudieron salir de una misma pluma. Acaso no será difícil hallar en las *Poesías del Sacristán de Vieja Rúa*, que yo desconozco, alguna de las composiciones que forman el volumen presente, y este sería un dato de mucho precio para restituir el manuscrito anónimo de Burgos á su verdadero autor.

Entre tanto á mí me bastan las composiciones de MALUENDA que conozco, y cuya autenticidad es indubitable, para colocarle desde luego entre los poetas de primer rango de la época más florida de nuestra literatura clásica en el siglo de los Austrias, entre los que brotando lozanos y valientes en las postrimerías del reinado de Felipe II, con la lección de Herrera, sacudieron las trabas del despótico canon horaciano al mismo tiempo que el exótico molde petrarquista, é inspirán-

dose en fuentes de inspiración nacional y propia, según la prepotencia de nuestro genio y la índole de nuestro idioma, dieron más amplitud al pensamiento, más libertad á la forma, más osadía al lenguaje, y fueron los verdaderos oráculos de la literatura dorada de aquel tiempo. La elocución poética en la pluma de Maluenda demuestra la admirable flexibilidad de nuestro idioma para plegarse á todos los giros del pensamiento. Pocos poetas de aquel siglo áureo la emplean con mayor gracia y elegancia. Las locuciones de mayor novedad y propiedad brotan en sus versos con tal naturalidad y llaneza, que no parece sino que en las evocaciones de su inspiración para nada interviene el arte. Jamás se encuentra en sus versos ni una dicción falsa ó mal empleada, ni un pliegue forzado ó duro, ni en el pensamiento, ni en el lenguaje. Sus versos son de tal espontaneidad, que no parece que los escribe, sino que los habla. Tienen la abundancia y el número de palabras de los de Espinel; la rotundidez y el nervio de los de los dos Argensolas; la riqueza de colorido de los de Góngora, antes de caer en los delirios de su escuela; la suprema intuición y cortesanía de los de Villamediana, y puede decirse que á nin-

guno de estos poetas es inferior. Su nombre de hoy más debe constituir un gran nombre en nuestro Parnaso, y Burgos debe enorgullerse de la resurrección de tal hijo que la honra, poniendo su nombre moderno literario á la altura de Toledo con Garcilaso, de Sevilla con Herrera y de otras ciudades insignes de España con los de tantos alumnos gloriosos como decoran los ámbitos de nuestro Parnaso del envidiable ciclo de los Austrias.

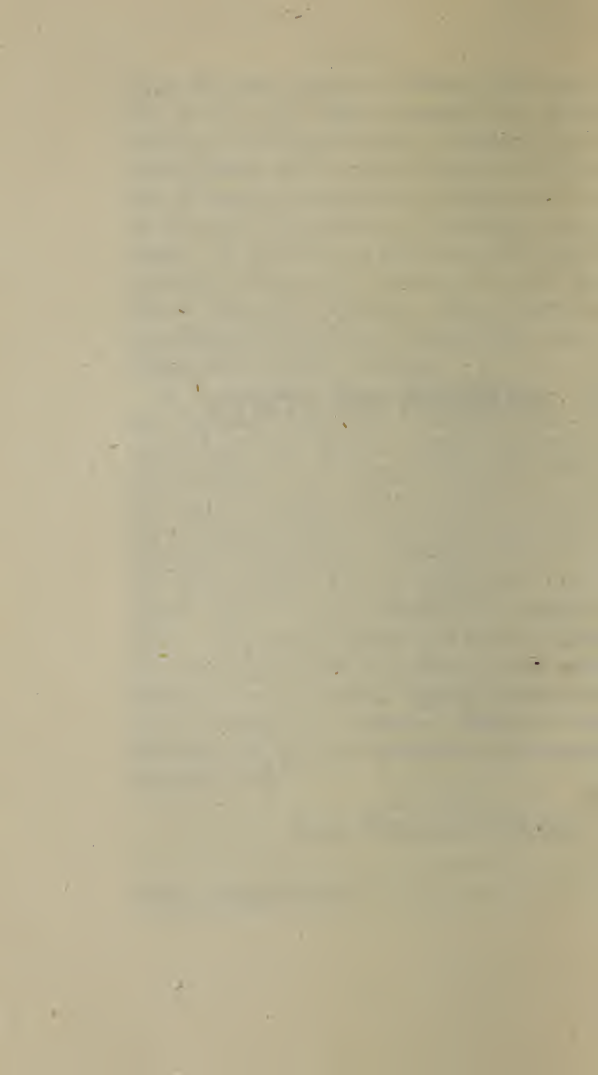
Á V. y á mí, mi querido Marqués, en este hallazgo y en esta revelación nos toca también una gloria, aunque modesta, inmarcesible, la de haber restituído al honor que le corresponde un nombre literario y español ilustre, mas hasta aquí ignorado por las injurias del tiempo y los olvidos de la suerte. Yo me huelgo de compartir con V. esta satisfacción inefable de mi espíritu entusiasta por todo cuanto constituye gloria de mi patria, y sea éste entre los dos un vínculo más que estreche para siempre los comunes afectos de la amistad con que soy siempre su más apasionado S. S.

Q. S. M. B.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

Ronda, 15 Agosto 1891.

ELOGIOS DEL POETA



AL ABAD D. ANTONIO DE MALUENDA

DEL CONDE DE VILLAMEDIANA

SONETO LAUDATORIO

Tú, que de Apolo en acordada lira
Al mismo són de tu sonoro acento,
Puesta la diestra mano al instrumento,
De Orfeo causas envidiosa ira;

Desde la cumbre de este monte mira
Cómo te dan las nueve claro asiento,
Suspenso á tu cantar el manso viento
Y que su coro ya de tí se admira.

Si obscurecida con tu canto queda
La Musa de Damón Alfilibeo,
Que en tanto nombre puso el mantuano;

No tienes que temer que el tiempo pueda
Atreverse á lo menos que en tí veo,
Divino ingenio y peregrina mano.

AL ABAD D. ANTONIO DE MALUENDA

DE UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1)

SONETO LAUDATORIO

Durmióse Apolo al són de la vihuela:
Hurtó de ellas las cuerdas el tebano:
Puso á compás de gloria al punto humano
Y del muro quitó la centinela;

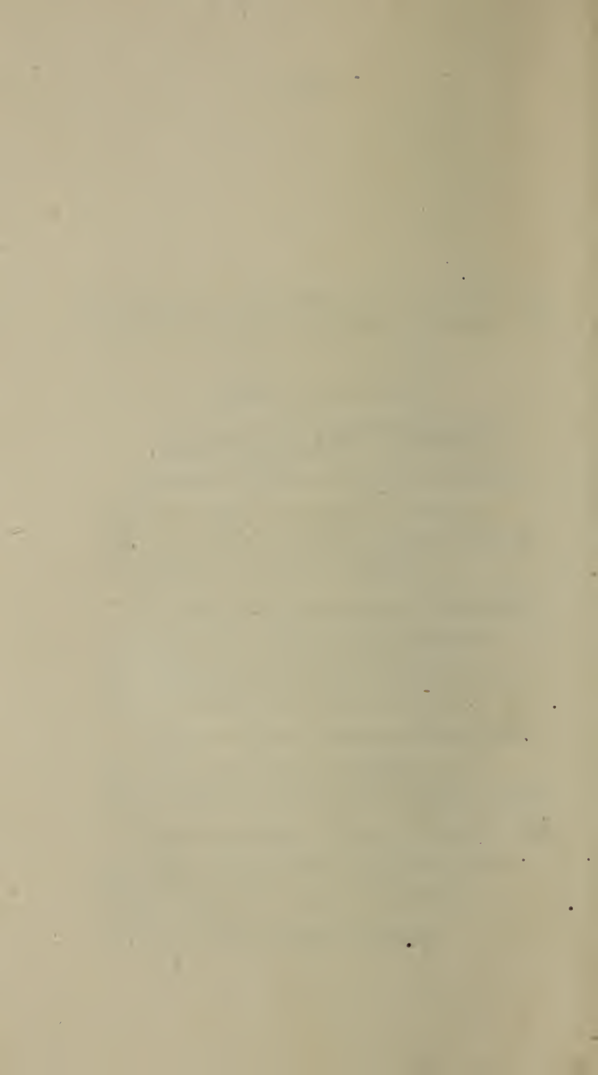
La pluma con que el mismo Apolo vuela
Por Arcadia, le hurtaron de la mano
Los dos fénices griego y mantuano,
Que al poético numen dan escuela.

Fama de Tebas, Grecia y Roma calle:
Y cada cual el hurto restituya,
Que despierta en MALUENDA *nuestro Apolo;*

Digan el campo y bosque, el monte y valle:
—«*Suya es la pluma, la vihuela suya;*
Suya la fama de uno á otro polo.»

(1) ¿El P. Valentín Antonio de Céspedes?

VERSOS RELIGIOSOS



IMPRECACIÓN Á LA VIRGEN

SONETO I

Madre de Dios eterno, norte y guía
De los que en este siglo tenebroso
Corren por mar incierto y peligroso
Con mal segura nave y compañía;

¿Cuándo será el feliz y alegre día
En que mi corazón triste y penoso
Halle á su largo error breve reposo
Y cobre nuevo aliento y alegría?

Hoy libre de los hierros y cadena
En que le tiene Amor á noble vuelo
Se remonta del mundo y sus engaños;

¿Cuándo de su piedad la luz serena
Hará que vuele puro al alto cielo,
Ahuyentada la niebla de mis daños?

Á CRISTO CRUCIFICADO

SONETO II

Cuando os miro pendiente en un madero
De sacrílegas lenguas blasfemado,
Por mil partes herido y traspasado
El pecho sacro del agudo acero;

Temo el rigor del tribunal severo
Viendo el duro castigo ejecutado,
En quien ni fué, ni pudo ser culpado,
Rayo de eterna luz, Dios verdadero.

Mas á par del temor con menos vida
La esperanza se alienta y reverdece
Cual con la rica lluvia mustia rosa.

¡Ay viva y fértil planta, producida
Del noble tronco donde brota y crece
Fruto inmortal de redención gloriosa!

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

SONETO III

Mesa donde en manjar dulce y sabroso
Al hombre ingrato el mismo Dios se ofrece;
Donde á la fe se rinde y obedece
El sabio pensamiento, no curioso;

Donde del gran convite misterioso
La memoria piadosa reverdece,
Se alegra el triste, el pobre se enriquece,
Hallan la sed y afán agua y reposo.

En tí del árbol verde de la vida
No se envidia la fruta milagrosa,
De la espada de fuego defendida;

Que otra virtud más alta y poderosa
En este pan precioso está escondida,
Que la carne mortal vuelve gloriosa.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

SONETO IV

¿Quién osará llegar á la sagrada
Mesa de aquel Dios vivo y verdadero,
Que desnudo y clavado en un madero
Sufrió muerte crüel y deshonrada?

El alma que en amor dulce inflamada
Desechando de sí el Adán primero,
Sigue la senda estrecha que el Cordero
Dejó de sangre y de sudor bañada.

Mas el que tiene el corazón manchado,
Tibia y fingida fe, detenga el paso
Que gravemente le amenaza el cielo:

De la sangre de Dios será culpado
El que indigno bebiere de este vaso:
Júzguese cada cual con puro celo.

DEGOLLACIÓN DE S. JUAN BAUTISTA

SONETO V

En el sarao del rey entró Herodías
Y de su madre adúltera abrazada
Le pide albricias, porque ve cortada
La cabeza de Juan, voz del Mesías.

Mostró una fuente en que con gotas frías
De la inocente sangre salpicada,
Venía la cabeza amancillada,
Espejo de Isabel y Zacarías.

Mudó el rey la color de horror cubierto;
Asombró el sacrilegio al homicida;
Hizo la novedad el caso incierto;

Paró el sarao; la lengua enmudecida
Callaron todos, porque ven que ha muerto
La voz, que, hablando, señaló la vida.

Á SAN JOSÉ

SONETO VI

Lleno de pura fe y ardiente celo
Mira Josef, alegre y admirado,
La flor que en el jardín nunca pisado
Nace olorosa en el rigor del hielo.

Mira que del hermoso y casto velo
Que tomó de una Virgen disfrazado,
Encubre Dios la gloria de su estado
Mas que el amor que le bajó del cielo.

Que en el disfraz humilde de pobreza
Mal se encubre el amor piadoso y santo
Que se viene á empeñar por deuda ajena;

Y en tanto que contempla la grandeza
De la inmensa bondad, un dulce llanto
Por el rostro le corre en larga vena.

Á SAN JUAN EVANGELISTA

SONETO VII

¡Oh secretario fiel, mártir sagrado,
Á quien debajo de un obscuro velo,
En Patmos descubrió el gran Rey del cielo
De sus altos decretos un traslado!

Agora estés despierto ó reclinado
Sobre el divino pecho; agora el vuelo
Te levante la fe, ó el puro celo
Te deje en dulce olvido enajenado;

Siempre brotas amor, y siempre el arte
Enseñas del amor; siempre en la cumbre
De la divinidad haces tu asiento.

Allí miras al sol sin deslumbrarte,
Y apagas en la fuente de su lumbre
El noble ardor del corazón sediento.

Á SANTA TERESA DE JESÚS

SONETO VIII

Tú que en la flor de los más verdes años,
Ardiendo el alma en generoso celo,
Alzaste la esperanza á noble vuelo
Huyendo de este siglo los engaños;

Y con vida inocente en pobres paños,
Cual cauto caminante con recelo,
Sigues la senda que encamina al Cielo
Rodeada de fieles desengaños;

Canta del santo amor la fuerza ardiente,
Vírgenes, de tiranos vencedoras,
Claros martirios, cetros despreciados;

Que á mí el justo dolor no me consiente,
Si no es llorar las mal gastadas horas
En vanos gustos de dolor cercados.

AL SEPULCRO
DE SANTA CATALINA MÁRTIR

SONETO IX

En aquel monte santo y celebrado
Donde refiere la sagrada historia
Que vió Moisés al Rey de eterna gloria
Y recibió la ley el pueblo amado,

Yace un glorioso cuerpo sepultado,
Compañero leal en la victoria,
Que ganó una alma digna de memoria
Del infierno en su daño conjurado.

Ángeles le usurparon en el suelo;
La tierra dió de su venida indicio;
Y el aire de los cantos celestiales.

No le enterraron hombres; porque el cielo
No le quiso fiar de los mortales,
Celoso de su honor, tan alto oficio.

Á SAN ILDEFONSO

SONETO X

Cual suele en la cerrada noche obscura,
Cuando el soplo del cierzo aprieta el hielo,
Resplandecer en el ñublado cielo
Clara estrella cercada de luz pura;

Con mayor claridad y hermosura
Se mostró de Ildefonso el santo celo,
Cuando deshizo el tenebroso velo
De la gente en su error proterva y dura.

Deje el sepulcro y honre su memoria
Leocadia, y la gran reina soberana
Le dé prenda inmortal de su privanza.

Mas no se atreva á celebrar su gloria
Humana voz, que no es empresa humana;
Nuevos milagros pide su alabanza.

Á SAN NICOLÁS DE BARI

SONETO XI

Nuevo inventor de ayuno milagroso,
Infante, que á tu cuerpo delicado,
El uso de nacer acelerado,
Le negaste el licor dulce y sabroso;

Mozo repartidor, sabio y piadoso
Del oro liberalmente arrojado,
Á los que á su beldad el pobre estado
Amenazaba daño ignominioso;

Tú que, sereno, alegre y raso el cielo,
Viste venir la tempestad furiosa
Y amansaste la mar embravecida;

Ahora, ya inmortal, mi humilde celo
Recibe, y en mi noche tempestuosa
Tu ejemplo sea mi luz, norte tu vida.

Á SAN JACINTO

SONETO XII

Jacinto que con fe y ardiente celo,
Con voluntad á sólo Dios rendida,
Cual águila en sus alas sostenida,
Te levantaste á generoso vuelo;

Y entre las almas justas que en el cielo
Gozan en paz de eterno nombre y vida,
Con la lumbre de gloria esclarecida
Miras, sin deslumbrarte, el sol sin velo;

Recibe el tardo honor de la victoria
Que te da el gran pastor que acá en la tierra
Abre y cierra las puertas celestiales;

Y consiente celebre la memoria
Del inmortal valor que en tí se encierra,
Hombre mortal con versos desiguales.

Á LAS RELIQUIAS
DE LA SANTA IGLESIA DE BURGOS

SONETO XIII

Venerables despojos victoriosos,
Reservados del tiempo y del olvido;
Tesoro en largos años adquirido
No sin industria de ánimos piadosos;

Pues ya vuestros espíritus gloriosos
Traspuestos de la vida han producido
En el sacro terreno agradecido
De eterna gloria y paz frutos copiosos;

Gozáos en la esperanza no dudosa
De la inmortal corona prometida
Que los rayos del sol deja eclipsados;

Que pronto al són de trompa temerosa
Veréis alzarse á la perpetua vida
Los cuerpos de mil yerros desmembrados.

REDENTOR Y PECADOR

SONETO XIV

Cual se esfuerza al morir luz encendida
Despidiendo de sí más clara lumbre,
Así se vió en la Cruz en mayor cumbre,
La divina clemencia no vencida.

¿No veis cuál resplandece en la partida
La paciencia, el amor, la mansedumbre?
¡Y habrá noche de error que no se alumbre
De tan hermoso resplandor herida!

¡Y podrá en algún tiempo ingrato olvido
Mezclarse en la memoria de aquel día
En que el eterno Sol llegó al ocaso!

Sí: porque en piedra dura convertido,
Cuando de llanto un mar verter debría,
Aun de lágrimas breves soy escaso.

Á ......

SONETO XV

Ya amaneció el dichoso y claro día
Que dió principio alegre á tu consuelo,
Y dulce fin á la esperanza y celo
Que en tu devoto corazón ardía.

Con alas de oro vuela la alegría
En tu afligido seno, sin recelo
De que el turbio dolor con negro velo
Oscurezca los rayos que te envía.

¡Oh! tú, constante y justo; ¡cuán ligero
Llegas á la región eterna y pura,
Donde jamás se teme ni se espera!

¡Cuán presto te recibe aquel Cordero,
Que sufrió muerte dolorosa y pura
Por dar al hombre vida verdadera!

IMPRECACIÓN

SONETO XVI

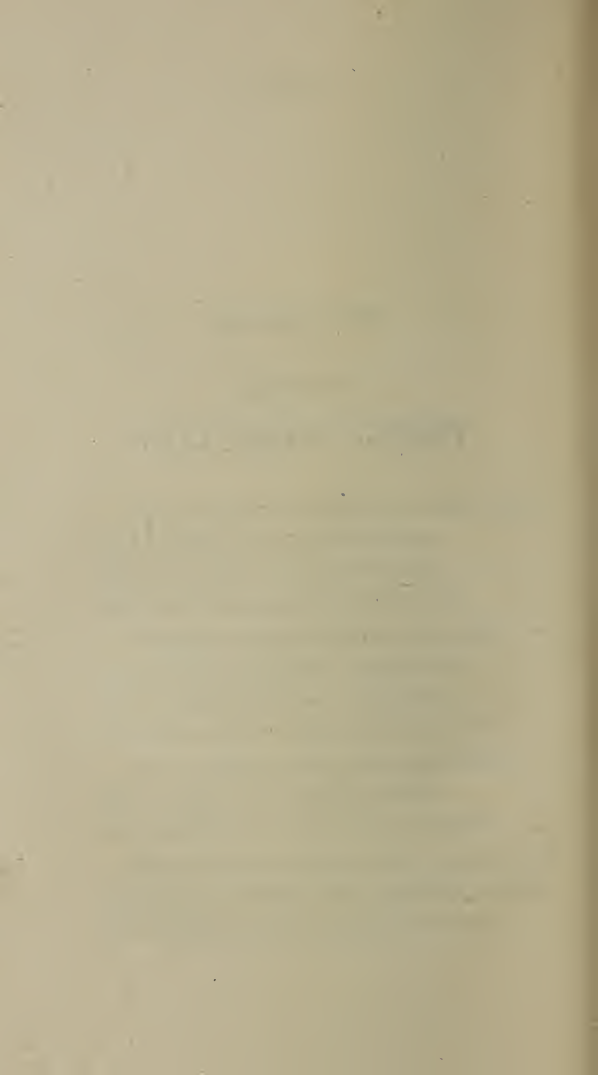
Cuando el Sol de justicia un rayo envía
Á la prisión del alma tenebrosa,
Con la venida de la luz hermosa
Huye del ciego error la niebla fría.

Y miro el resplandor del nuevo día
Con la vista turbada y vergonzosa,
De mi larga jornada y trabajosa
Los daños que la noche me encubría.

¡Oh vergüenza leal! ¡cómo descubres
En tu rostro, de púrpura teñido,
La confusión de verme en tal estado!

Mas tú que mi maldad sufres y encubres,
Siendo juez, siendo Dios, siendo ofendido,
No olvides al que tanto te ha costado.

VERSOS HERÓICOS



AL EMPERADOR CARLOS V

SONETO XVII

César, después que á la francesa gente
Quebrantó la cerviz jamás domada,
Y de Alemania y Flandes conjurada
Victorioso triunfó gloriosamente;

Y después que las huestes del Oriente
Deshizo, como el sol niebla cerrada,
El sacro cetro y la invencible espada
Entregó al hijo con alegre frente.

Y como el fuerte Alcides, que dejando
Purgado el mundo de mil monstruos fieros
De la hoguera, cual fénix, se alzó al vuelo;

Así el ánimo heróico, despreciando
Breve reino por reinos verdaderos,
Vencedor de sí mismo, voló al Cielo.

Á LA MUERTE DE FELIPE II

SONETO XVIII [1]

No consagréis á la inmortal memoria
Del muerto Rey trofeos adornados
De arneses rotos, yelmos abollados,
Ni de banderas de naval victoria.

Mas dedicad altares á su gloria,
Do estén en bronce y mármol entallados
Reyes, reinos, á Cristo sojuzgados,
Sujeto digno de famosa historia.

En las almas se estampa el claro ejemplo
Del heróico valor jamás vencido:
¡Huya lejos de aquí vulgo profano!

Que ya resuena en el sagrado templo
De la Fama, su nombre esclarecido,
En tanto que le llora el mundo en vano.

---

(1) «En Salamanca llevó el premio este soneto; que fué un diamante y cincuenta ducados.»

EPITAFIO

EN LA TUMBA REAL DE FELIPE II

SONETO XIX

Este sepulcro esconde el mortal velo
Del magnánimo Rey de las Españas,
Cuya memoria ilustra sus hazañas
Y alienta de su fama el largo vuelo.

Á tí, santa piedad, hija del cielo,
Que esparces dulce fuego en las entrañas,
De mil naciones bárbaras y extrañas
Te ofrece el fruto que sembró su celo.

Al claro sucesor deja el invierno
Del cetro, que en su diestra poderosa
Jamás fué despreciado ni torcido;

Al reino paz, justicia, llanto eterno;
Al mundo de su muerte valerosa
Admiración y ejemplo esclarecido.

AL SEPULCRO DE FELIPE II

SONETO XX

Yace aquí el gran Felipe: al claro nombre
Se inclina el persa, el indio, el scita fiero;
España triste ofrezca el dón postrero
Á la sacra deidad de su renombre.

Aprenda á venerar de mortal hombre
La virtud inmortal, el verdadero
Valor, piedad de un ánimo sincero,
Y al són de Grecia y Roma no se asombre.

Pues ya vió, en verde edad, maduro seso,
Templanza en el poder, igual semblante
En los sucesos varios de la suerte;

Sostener de dos mundos el gran peso,
Émulo y vencedor del viejo Atlante,
Domar la envidia y despreciar la muerte.

VERSOS LAUDATORIOS



AL ILMO. SR. D. CRISTÓBAL VELA,

ARZOBISPO DE BURGOS, GRAN PREDICADOR

SONETO XXI

El que escucha tu voz viva y ardiente,
Que sale, envuelta en puro y santo celo,
Del pecho en quien descubre el Rey del Cielo
De sagrada elocuencia rica fuente,

Despide por los ojos dulcemente
La dureza del alma en tierno duelo,
Cual suele en la montaña el duro hielo,
Cuando del claro sol la fuerza siente.

Ya vió la edad antigua transformados
Hombres en piedras, plantas y animales,
Por decretos de Dios justos y eternos;

Mas ya comienzan los dichosos hados,
Pues con sabios recuerdos inmortales
Hacéis de piedras duras hombres tiernos.

Á D. FRANCISCO DE MALUENDA,

EN LA MUERTE DE SU PADRE

SONETO XXII

Si con los flacos ojos del sentido
Miras el fin del muerto padre amado,
Á quien por varios casos llevó el hado
Á morir lejos de su patrio nido;

Jamás tu sentimiento no medido
Será del tiempo á la razón templado,
Que dolor tierno en justo amor fundado
No sufre modo ni consiente olvido.

Mas si tienes la vista aguda y larga
Del ya cano y maduro entendimiento
Por el triste suceso de su historia;

Verás que, libre de una grave carga,
Voló ligero al estrellado asiento,
Dando remate y lustre á su memoria.

Á D.ª CATALINA DE MALUENDA,

SOBRINA DEL HOMERO BURGALÉS EL ABAD DE MALUENDA

SONETO XXIII

¡Oh tú, cual nueva Fénix renacida
De las cenizas del varón famoso,
Que, en dulce lira y verso numeroso,
Dejó nuestra región esclarecida!

¡Tierna planta engendrada y producida
Del árbol noble y tronco generoso,
Que del terreno del común reposo
La muerte trasplantó á dichosa vida!

Brote ya de la fértil primavera
De tu ingenio feliz, que el mío adora,
En vez de flores, sazonado fruto;

Si del hado crüel la ley severa
Que al árbol se atrevió, te deja ahora
Seguir las huellas con semblante enjuto.

Á D.ª ISABEL SARMIENTO,

SU SOBRINA, CUANDO TOMÓ EL VELO EN LAS DESCALZAS DE MADRID

SONETO XXIV

Tú, que la dulce vida en tiernos años
Trocaste por la vida trabajosa,
La blanda seda y púrpura preciosa
Por áspero cilicio y pobres paños;

Tú que, viendo del mundo los engaños,
Al puerto te acogiste presurosa,
Cual nave que en la noche tempestuosa
Teme del mar los encubiertos daños;

Canta el inmenso gozo que se encierra
En el alma dichosa y aprendada
Del amor que se enciende en puro celo;

Que si el piloto al divisar la sierra
Alza la voz, de gozo acompañada;
¿Qué debe hacer quien ya descubre el Cielo?

Á LA SRA. D.ª ANA DE ZUAZO,

DE LA CÁMARA DE LA REINA D.ª MARGARITA DE AUSTRIA

SONETO XXV

Cuando la voz suave en dulce acento
Sale del pecho casto y desdeñoso,
Pisuerga enfrena el curso presuroso
Y, olvidado el soplar, escucha el viento.

Retiene el vuelo el vago pensamiento;
Mi dolor se adormece al són sabroso;
Mas presto turba amor este reposo,
Que no hay tregua segura á mi tormento.

Porque la suavidad del nuevo canto,
Aunque suspende el alma y la divierte,
Por un espacio breve de su pena;

Deja al fin en mis ojos tierno llanto,
Miedo en el pecho de la amarga muerte,
Que me anuncia la voz de esta sirena.

A LA SRA. D.ª INÉS DE CASTILLA

SONETO XXVI

Si el pincel ó la voz acompañada
De ingenio ó arte acrecentar pudiera
El honor de su fresca primavera
Que de belleza y gracia está adornada,

Su celestial imagen retratada
Con envidiosa admiración se viera;
Mas no admite su gloria verdadera
Nuevos adornos de beldad prestada.

Ni quiere amor que el arte presuntuosa,
De ilustres obras diestra imitadora,
Saque la obscura sombra del dechado;

Que al vivo rayo de su luz hermosa
De amor y celos se atrasó á deshora
Sintiendo el mal que á muchos ha causado.

Á UN RETRATO
DE UNA SEÑORA YA DIFUNTA

(D.ª CONSTANZA DE AYALA)

SONETO XXVII

Este pequeño lienzo, en quien el arte,
Émulo de las obras de natura,
No pudo retratar la hermosura
De que el cielo cortés quiso adornarte,

Descubre de tu sér aquella parte
Que en la tierra escondió la muerte dura;
Mas la virtud, en tierna edad madura,
¿Quién la podrá alabar sin agraviarte?

El eterno Pintor, que solo pudo
Matizar la pintura de su gloria,
Ese sólo celebre tu alabanza.

El mundo con silencio triste y mudo,
Venerando el honor de tu memoria,
Temple el grave dolor con la esperanza.

Á LA MUERTE
DE UN NIÑO MUY LINDO

SONETO XXVIII

Este pimpollo tierno y generoso,
Que se mostraba ya fresco y lucido,
Del patrio fértil tronco dividido
Cayó en el seno del común reposo.

Mas traspuesto en terreno más dichoso,
De nueva flor y fruto enriquecido,
No teme la inclemencia, ni el bramido
Del seco invierno y Austro tempestuoso.

Que en el reino inmortal, do no hay mudanza,
Luce otro sol más puro, hay otro cielo,
Que en las plantas infunde eterna vida.

¿Quién, pues, con tan segura confianza
Osa alargar la rienda al tierno duelo
Viendo en verde sazón gloria florida?

Á LA MUERTE DE UN NIÑO

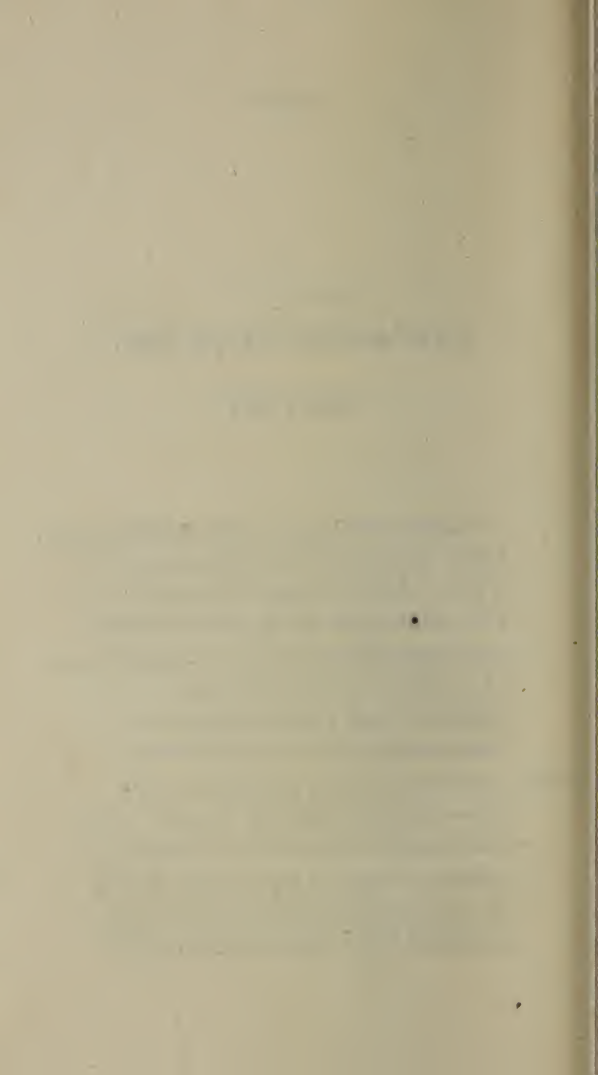
SONETO XXIX

Cuando el hermoso infante en dulce acento
Ya de su madre el nombre repetía,
Y á los blandos halagos respondía
De aquella que le dió el primer sustento;

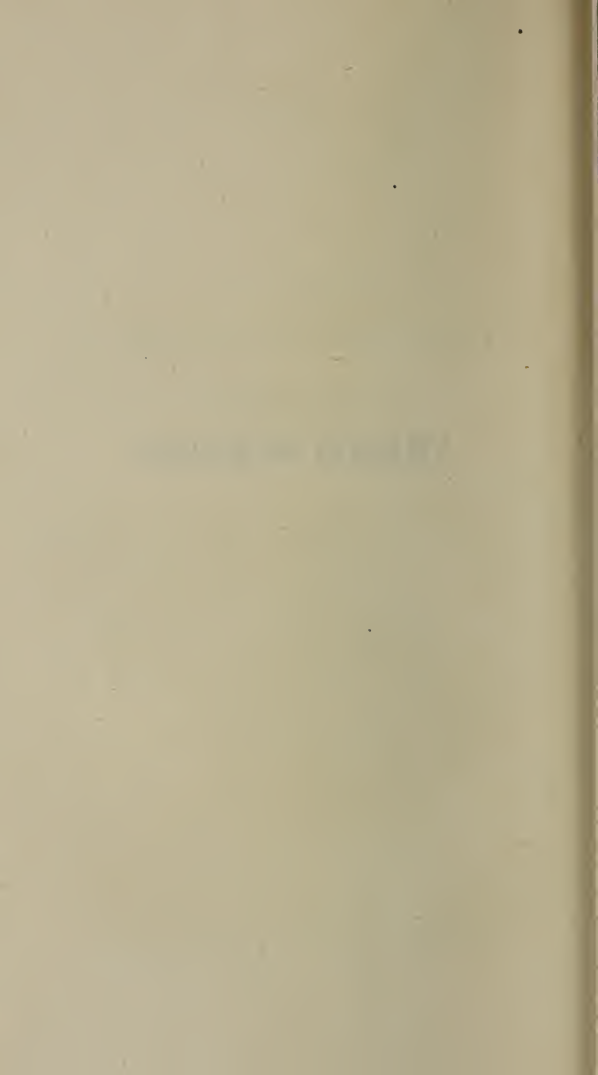
Cuando, cual tierna rosa en fresco asiento,
La belleza en su rostro florecía;
Cuando su vista y gracia suspendía
Las penas del más triste pensamiento;

Cortóle en flor la envidia, temerosa
De ver maduro el fruto de la gloria
Que prometió principio de tal planta:

Mas no llegue al sepulcro voz llorosa,
Que lo impide la fe, y en su memoria
La tierra y Cielo alegres himnos canta.



VERSOS MORALES



LA SENDA DEL HONOR

SONETO XXX

Quien de la senda estrecha se desvía
Que de honor y de afán está poblada,
Y sin mirar el fin de la jornada
Sigue de un ciego error la fantasía;

Antes que se le esconda el breve día
De la vida en deleites derramada,
Verá de nubes de dolor mezclada
La escasa y turbia luz de la alegría.

Verá desparecer cual sombra ó viento
El trágico aparato de la gloria,
Cuando menos se tema de mudanza;

Y puede ser que llegue el escarmiento
Tan tarde, que el temor y la memoria
Cierren el paso estrecho á la esperanza.

Á LOS HIJOS
DE LA CIUDAD DE BURGOS

SONETO XXXI

¿Adónde está la fe, la verdad pura,
La modesta vergüenza, el trato llano
De aquel buen pueblo antiguo castellano
Cuyo valor fué igual á su ventura?

¡Huyeron de esta tierra; y sombra obscura
De infames vicios cubre el nombre vano
De honor, que sin virtud muere temprano,
Cual tierna planta en tierra seca y dura!

Nobles hijos de aquellos claros hombres,
Cuyos hechos ilustres y famosos
Dieron eterna vida á su memoria;

Pues heredasteis de ellos los renombres,
Su clara sangre y títulos honrosos,
Respondan vuestros hechos á su gloria.

AL DESENGAÑO

SONETO XXXII

Hoy á tu templo, desengaño, ofrezco
Estas cadenas rotas de apretadas,
Voto y promesas, hasta aquí guardadas,
Con que á tu altar las aras enriquezco.

Si entre tus prendas éstas ver merezco,
De tus paredes estarán colgadas,
Donde de olvido vivan reservadas,
Ya que yo por mi daño le padezco.

Tú fuiste quien deshizo á mi esperanza
El dulce lazo en que me tuvo asido,
Ciegos los ojos para ver mi daño.

Y pues de tal tormenta á tal bonanza
Me has, con término breve, reducido,
Tú fuiste amigo cierto; ¡oh desengaño!

LOS TRABAJOS DE LA VIDA

SONETO XXXIII

¡Trabajos! peso dulce, dón precioso,
Al que con humildad os sufre y lleva;
Toque de la virtud; ilustre prueba
Del corazón constante y generoso!

¡Saludable licor, néctar sabroso
Que las fuerzas del ánimo renueva;
Breve y seguro atajo; senda nueva
Para llegar al reino del reposo!

¡Dichoso el que os abraza y se sustenta
Del fruto del honor y de la gloria
Que entre vuestras espinas nace y crece!

Mas ¡ay de aquel, que, en ocio y vida exenta,
Dejando al mundo infame su memoria,
Sin beber de este cáliz envejece!

Á LA FORTUNA

SONETO XXXIV

De los aplausos que admiró triunfales
La gran ciudad latina vencedora,
Tras los de Atenas, que hoy Italia llora,
Apenas hay ni señas, ni señales.

¡Cuántas civiles glorias y feriales
Cantó la Fama que la Fama ignora!
¡Cuántas sombras de olvido cubren ahora
Vencimientos terrestres y navales!

Los trofeos, del tiempo son trofeo,
Y, materia á la suerte, la osadía
Ofrece á veces del menor caudillo:

Dígalo César, dígalo Pompeo,
Á quienes la Fortuna inmerecida
Tu mano injusta dió cetro y cuchillo.

BELLUM DE BELLO

SONETO XXXV

Cuando miraba la troyana gente
Los daños que en el cerco padecía,
Con injuriosas lenguas maldecía
La primera ocasión del mal presente;

Pero en viendo la luz de amor ardiente
Que en la vista de Elena aparecía,
Á los nuevos peligros se ofrecía
Con pecho osado y con alegre frente.

Así el alma cercada y combatida
Del importuno asalto del cuidado
Reprehende á su loco pensamiento;

Mas, mirando á su Sol, luego se olvida,
Cual marinero, del temor pasado,
Y á la alta empresa esfuerza el sufrimiento.

DESENGAÑOS

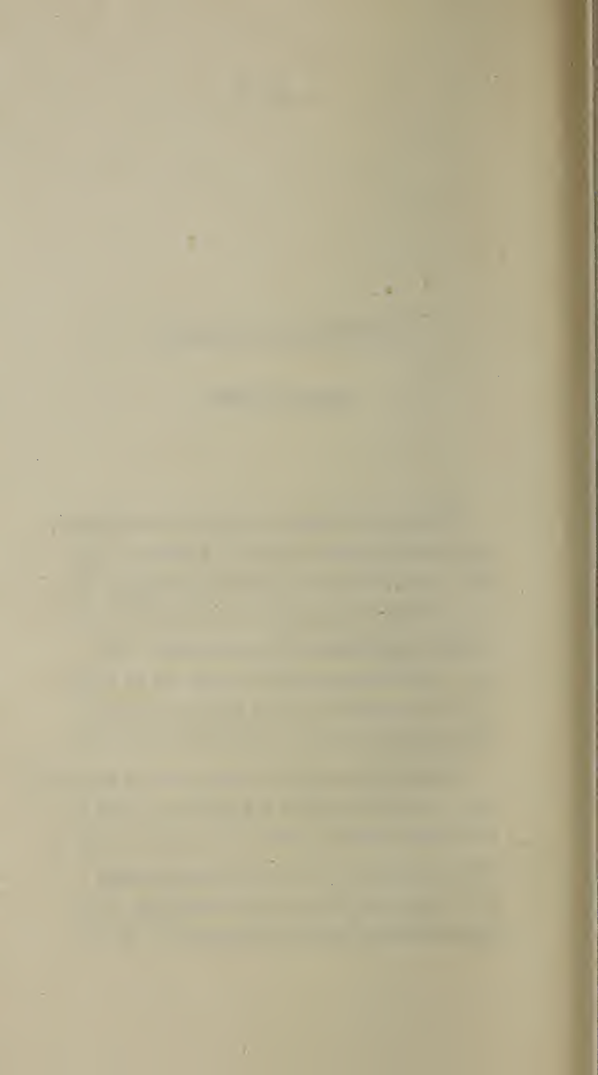
SONETO XXXVI

Vida en el nombre, en los efectos muerte,
¿Qué tienes, que te sigue y te desea
No sólo el rico, el pobre que grangea
Con fatiga y sudor penosa suerte?

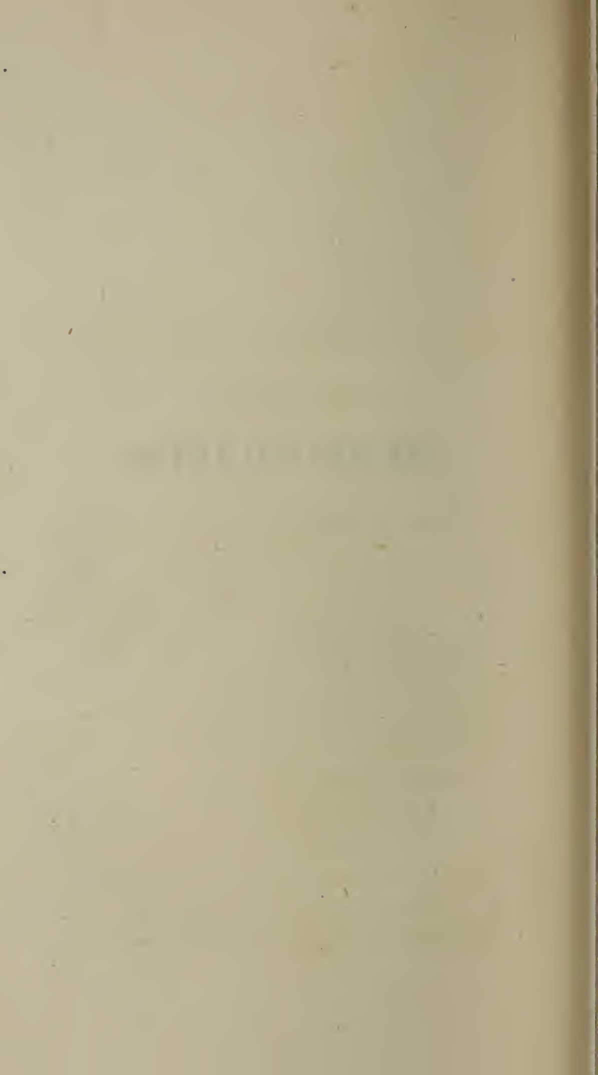
¿Es difícil acaso el conocerte?
Nó: que no hay ciego ya que no te vea:
¿Y hallas quien te fíe y quien te crea?
¡Oh peligroso error! ¡Oh hechizo fuerte!

Tuviste un tiempo honor, gloria y contento;
Mas ya entre espinas y ásperos abrojos
No lleva tu jardín sólo una rosa.

¡Y busca en él el vano pensamiento
Sin objeto de bien, ciegos los ojos,
El árbol de la vida milagrosa!



VERSOS GALANTES



Á UNA DAMA
QUE TENÍA UN CLAVEL EN LA OREJA

SONETO XXXVII

Sobre la oreja sorda y recatada,
Que jamás admitió ruego amoroso,
Ví la flor de un clavel fresco, oloroso,
Desde el suelo en el cielo trasplantada.

Al lirio blanco y rosa colorada
Hiciera envidia su color gracioso;
Mas estaba á la par de un rostro hermoso
En su gloria mayor como afrentada.

Mis ojos, como abejas ingeniosas,
Que para fabricar rubios panales
Dan saco á la beldad del bosque y prado,

Cogen de yerbas frescas venenosas,
Cebo mortal de penas inmortales
Que sustentan la vida y el cuidado.

EL BÚCARO DE LA ROSA

SONETO XXXVIII

Aquella fresca y encarnada rosa
Que con nueva beldad luce y florece,
Entre las rubias trenzas resplandece,
Cual junto al oro púrpura preciosa.

Mas si en la boca dulce y amorosa
Tu mano liberal lugar le ofrece
Tal que esperarle ni osa ni merece
La esperanza más alta y animosa,

Con el favor glorioso que recibe
De aquel suave celestial aliento
Cobra gracia, color, lustre y frescura;

Allí, como en su centro, alegre vive,
Y de allí se presenta al pensamiento
Cómo derrama Amor gloria y dulzura.

Á UNA CINTA BLANCA

CON QUE UNA DAMA SE AJUSTÓ UNA SORTIJA QUE LE VENÍA GRANDE

SONETO XXXIX

Insignia de mi fe, prenda gloriosa,
Ante cuya deidad yacen postrados
Los ídolos que fueron venerados
De mi ciega afición supersticiosa;

Si la cinta de Venus milagrosa
Pudo aplacar los ánimos airados,
En los que están de ardor puro inflamados,
¿Qué efecto hará su fuerza poderosa?

Aquélla en fuego lento fué fundida
De lascivos afectos engañosos
Que nacen del ocioso pensamiento.

Ésta en nobles entrañas fué tejida
Por la piedad que en pechos generosos,
Á par del casto amor, tiene su asiento.

Á UNA DAMA

QUE DORMÍA DONDE EL SOL LA DESPERTABA POR DAR EN SU CAMA SALIENDO

SONETO XL

Si cuando por los campos de Occidente
Suele reinar el hielo y nieve fría,
Varias flores el sol produce y cría
Que lucen entre el oro de su frente;

Es, porque apenas viene del Oriente,
Restituyendo al mundo su alegría,
Que el vivo rayo de su lumbre envía
Contra más claro sol y más ardiente.

Y aunque del puro resplandor vencido,
Al despertar de los hermosos ojos,
De belleza mayor te da la gloria,

Sale de amor y luz tan encendido,
Que bien muestra en los fértiles despojos
Lo que gana el rendido en su victoria.

Á ......

SONETO XLI

Si con lumbre más clara y más hermosa
Apolo alumbra el cielo y dora el día;
Si en el hermoso y bello esmalte cría
El blanco lirio y la purpúrea rosa;

Si en la ribera fresca y deleitosa
Corre el viento más fresco que solía,
Y en el monte la nieve helada y fría
Vuelta en agua se arroja presurosa;

Es porque estando embebecido y ciego,
El resplandor de tu serena frente
Hirió á traición el rostro delicado,

Y quedando encendido en vivo fuego,
Los rayos de su luz nueva y ardiente
Amansan el furor del tiempo airado.

Á ......

SONETO XLII

De oro son tus cabellos y tu frente
De nieve; las mejillas, de las rosas
Que producen en Mayo más hermosas
La primavera y el templado Oriente.

Dos rayos son de dulce fuego ardiente
Las dos hembras serenas y amorosas;
La boca es un rubí; perlas preciosas
Los dientes ordenados igualmente.

Bizarro el cuerpo, airoso, bien tallado;
Con rara proporción el alma pura
En tus nobles potencias peregrina;

El corazón altivo y arrojado;
La libre voluntad tan mal segura
Que no es fácil al bien, ni al mal se inclina (1).

(1) Los dos tercetos autógrafos de MALUENDA.

VERSOS AMOROSOS



AMOR

SONETO XLIII

Este ingenioso artífice de engaños,
Dulce en el nombre, en los efectos crudo,
Rico de penas, de piedad desnudo,
Nuevas fuerzas adquiere de mis daños.

Mas si en el triste invierno de mis años,
Avisado del tiempo y siempre rudo,
Hago del sufrimiento firme escudo
Contra el desdén, fortuna y desengaños;

¡Dichoso en tanto mal, si me atreviera
Á declarar la causa de mi muerte
Á quien sólo pudiera darme vida!

Mas del alto valor la ley severa,
Este alivio del mal negó á mi suerte,
Como al dolor la compasión debida.

Á UNOS OJOS

SONETO XLIV

Ojos de cuya luz serena y pura
Recibe esfuerzo y luz el pensamiento;
Que del turbado mar de mi tormento
En el mayor peligro me asegura;

Ojos, milagros bellos de hermosura;
Cielo donde el amor hace su asiento;
Lumbre, de cuyo vario movimiento
Vuelca su instable rueda mi ventura;

¡Dichoso el que os miró, si queda vivo,
Y aunque muera también, si os vió piadosos!
¡Mas tal bien no se alcanza en esta vida!

Que es ser el precio igual, para un cautivo,
Qué os pudiera ofrecer, ojos hermosos,
Sino paciencia y fe, nunca vencida.

SUPREMA VIRTUS

SONETO XLV

Ojos del bien de amor ricos y avaros,
Si os miro, no os turbéis: que si pudiera
Dejaros de mirar, no os ofendiera:
¡Que no me cuesta poco el enojaros!

Mas si el alma se ocupa en adoraros,
Y de vuestra beldad la ley severa
Manda que os mire, y que, mirando, muera,
Si miro y muero, no podréis quejaros.

Yo pudiera quejarme; mas no creo
Que donde no se admiten tiernas quejas
Hallen enmienda justa los agravios.

Moriré, pues; mas vivirá el deseo:
Que si el rigor tapase tus orejas,
Mi fe y paciencia sellarán mis labios.

POST LUCEM, NOX

SONETO XLVI

Sólo este alivio tiene un desdichado
Que jamás alcanzó de amor victoria:
Que en el discurso amargo de su historia
Llora el presente mal, nó el bien pasado.

Mas ¡ay de aquel, que yace derribado
De la sublime cumbre de la gloria,
Si no pierde la vida ó la memoria
En la mudanza triste de su estado!

Que si el que vive ciego en el engaño
De una falsa esperanza, se lamenta
Cuando pierde de vista el bien fingido;

Quien después del favor ve el desengaño
¿Qué sentirá, mirando en la tormenta
Anegarse el tesoro poseído?

CRUDA TYRANNIS

SONETO XLVII

Esconde Apolo la encendida frente,
Por dar lugar á la tiniebla obscura,
Y de los altos montes la espesura
De la sombra mayor bajar se siente;

Cesa el trabajo en la cansada gente;
Pasa la noche, de rumor segura;
Hasta que vuelve á serenar la altura
El gran planeta sobre el rojo Oriente.

¡Yo sólo soy el que jamás descanso!
¡Vive el deseo y la esperanza muere!
¡Al fin con lo imposible amor me emplea!

Siendo tigre crüel, esfinge manso,
Siempre el traidor me engaña y siempre quiere
Que, viéndome morir, inmortal sea!

DOLOR SEMPER

SONETO XLVIII

¿Á qué vienes, amor, á congojarme
Representando, en sueño, á los sentidos
Imágenes de bienes ya perdidos
Que, en dulces formas, pueden alegrarme?

Si pretendes de nuevo lastimarme
Con ver, al despertar, desparecidos
Los soñados tesoros poseídos,
Engáñaste, si piensas engañarme.

Que el corazón, á largo mal usado,
No da crédito al bien, desde aquel día
Que muerte cortó el hilo á la esperanza.

¡Déjame, pues, vivir desengañado!
Que no podrá en mi triste fantasía
Hallar el bien lugar, ni el mal mudanza.

PROPRIA CULPA

SONETO XLIX

Mil veces de corrido y maltratado
Recojo el vuelo al vago pensamiento,
Y haciendo fuerza al noble sentimiento
Muestro placer y encubro mi cuidado;

Mas en volviendo á ver mi objeto amado
Pierdo la queja y cobro tal aliento,
Que con más fe y menos escarmiento
Vuelvo á servir contento y mal pagado.

Y con semblante y voz de piedad digna
Pido perdón de mi gloriosa pena
De culparme que no la he cometido;

Si amar hombre mortal beldad divina
En el reino de amor no se condena,
Por desacato libre y atrevido.

AMOR DESCUBIERTO

SONETO L

La llama que escondida y encubierta
Tuve ya por deshecha y consumida,
Ahora ya más alta y encendida
Se muestra vencedora descubierta.

Amor es quien la sopla y quien despierta
Mi antigua pena al parecer dormida;
Amor, que alarga á mi deseo la vida
Y no da vida á la esperanza muerta.

Yo callo y sufro ardiendo en este fuego,
Que aun no me oso quejar ni hacer alarde
De los tristes sucesos de mi suerte;

Mas bien echo de ver, aunque estoy ciego,
Que no hay remedio ó bien que ya no tarde
Ni mal que contra mí no se convierte.

ELOCUENCIA DEL LLANTO

SONETO LI

Estas lágrimas vivas que corriendo
Van publicando lo que el alma calla,
Es una diligencia sin pensalla
Que está el dolor en su favor haciendo.

Quien llora, está atreviéndose y temiendo,
Vencido de su pena, por no dalla;
Toma el llanto á su cargo el declaralla;
Nadie la dice y él la está diciendo.

Vos podréis disfrazar algún suspiro,
Sin que yo pierda el nombre de callado,
Pues palabra no oiréis de mis enojos.

Pero tendré por fuerza, cuando os miro,
Remitido el deciros mi cuidado,
Á la lengua del agua de mis ojos.

AMOR Y TEMOR

SONETO LII

Si con semblante triste y voz turbada,
Sin osar recoger un breve aliento,
Descubro la ocasión de mi tormento
Á quien de mí y de amor está olvidada,

Cáusame tal temor la vista airada
Que se opone á mi loco atrevimiento,
Que perdido el usado movimiento
Queda la boca al paladar pegada.

Vuélvese al corazón la voz llorosa,
Cual á su centro el agua rebatida
De algún alto reparo ó fuerte roca;

Mas del llanto la presa congojosa,
Del medroso respeto detenida,
Rota ya del dolor, llega á la boca.

DICHA DESCONFIADA

SONETO LIII

Este discurso vario de mi historia
Con lágrimas y versos celebrado,
Ya con justa piedad será escuchado,
Ya con celosa envidia de mi gloria.

Que si falta clemencia en la victoria
Que de mí reportó el Amor airado,
Basta por galardón del mal pasado
El recuerdo feliz de su memoria.

Que nunca en oro y mármoles de Paro
Vió la griega ambición de honor sedienta
Contra el rigor del tiempo igual reparo;

Mas ¡ay! cuán falsamente se sustenta
En la corte infeliz de un rey avaro
Este incierto esperar que me atormenta!

HERIDA ALEVE

SONETO LIV

No sé si amor ó mi contraria suerte,
Fiero planeta ó áspero destino,
Fué aquel que me forzó, pues me convino
Sufrir por breve vista larga muerte.

Poderoso era el brazo, el arco fuerte,
De donde, como ardiente rayo, vino
Flecha que por el alma abrió camino:
¡Tanto un cortés mirar pudo ofenderte!

Cielos, si tal castigo se merece
Sólo por suspenderse el pensamiento
Al milagro no visto de su gloria,

¿Quién osará decir lo que padece?
Mas ¿quién podrá encubrir el sentimiento,
Siendo eterno el dolor y la memoria?

FE Y PERSEVERANCIA

SONETO LV

Haga llorosa muestra y triste alarde
De suspiros y lágrimas sin cuento,
Este mi osado y noble pensamiento
Que marcha apriesa y se recoge tarde.

Siga la fe animosa, aunque no aguarde
Premio de su firmeza y sufrimiento;
Siga el deseo cortés, de honor sediento,
Á la esperanza incrédula y cobarde.

La continua paciencia en los dolores,
Las quejas y lamentos no escuchados,
Sigan de amor la esclarecida seña;

Que ya, no con tan grandes valedores,
Se han visto fuertes muros arrasados
Cuyo asiento estribaba en viva peña.

Á SILVIA

SONETO LVI

Silvia, no estés rebelde á señorío
Del blando Amor, que amar y ser amada,
Es vida alegre y bien aventurada
Y una dulce prisión del albedrío.

Desecha el desdeñoso y casto brío
De la antigua beldad desamorada,
Que visto se ha belleza desdeñada
Marchitarse cual rosa en el Estío.

Gran castigo, mas justo; dura pena,
Mas no igual al delito, ni á la ofensa
Que contra Amor comete un pecho duro.

Mira, Silvia, que el arco vibra y suena:
Teme el rigor de la deidad inmensa,
De quien no vive Júpiter seguro.

Á FILIS

SONETO LVII

Filis, pues que el dolor, ni la flaqueza,
Del llanto amargo y pecho lastimoso
Te mueven; ni el color del doloroso
Tirsi, que bien responde á su tristeza;

Pura y sincera fe, limpia firmeza,
Mover bien debe un corazón hermoso,
Y aun apesar del hado rigoroso,
Convertir en amor tanta aspereza.

Yo no creeré que condición esquiva
En ánimo sentir eternamente
Dure y crezca el desdén amargo y fiero;

Mas ¡ay! que sí: que á la amorosa y viva
Llama se hiela, Fili, y con doliente
Voz sale el alma, y como cisne muero.

MALOS Y BUENOS

SONETO LVIII

Pues que se estorba el bien con procurarle,
El fino procurarle es no quererle,
Si ha de parar el gusto de tenerle
En el desabrimiento de dejarle.

Al fin, aunque entretiene el desearle,
Cansa, si no atormenta el poseerle,
Y cuesta por no menos el perderle,
Más que pudo alegrar el alcanzarle.

Males parecen bienes que así tratan
Y en el atormentar son desiguales;
Que al fin los males atormentan menos.

Porque los bienes ya perdidos matan
Y no atormentan los pasados males:
¡Ved tras lo que se ven malos y buenos!

COR AMORE CLAUSUM

SONETO LIX

La planta, el animal, el pez, el ave,
Quiere, recela, se aficiona y ama:
La vid amante el caro tronco enrama
Con lazos dulces, con unión suave;

El toro, que del riesgo menos sabe,
Siente el de amor, cuando celoso brama;
Arde en el mar con amorosa llama
El pez que gusta del acento grave.

Su compañía el ave casta llora;
Canta el cisne su fin porque le quiere;
Que en agua, en aire, en tierra el amor vive;

Sólo en tu helado corazón, señora,
No vive amor, porque cual fénix muere
Y por falta de fuego no revive.

REINCIDENCIA

SONETO LX

Después que se pasó la primavera
De mis más verdes y floridos años,
Sin poderme valer mis desengaños,
¿Mandas, Amor, que vuelva á tu bandera?

¡Oh poder desigual! ¡Oh ley severa!
Fundada en sinrazón, hija de engaños,
Ley que la recompensa de mis daños
Remite á su esperanza lisonjera.

Al fin cuando se esfuerza la obediencia
Sólo sirve quejarse del agravio
De aguzar la paciencia del tirano.

Y así pasando yo por tu sentencia
Seré loco en amar, en callar sabio,
No resistiendo á tu furor en vano.

OBSESIÓN

SONETO LXI

Bien así como el mísero avariento
En quien el blando dios ha derramado
El licor que entre el alma y el cuidado
Pone tregua y suspende el pensamiento;

Que sin saber de dónde, en un momento
Se halla de un tesoro rodeado,
Y aunque en el sueño ve que está engañado
Está en su vana posesión contento;

Así el ánimo ardiente adormecido
Á la apacible sombra de un engaño
Entre fingidos bienes devanea.

Y enagenado en su profundo olvido,
Aunque conoce claro el desengaño,
En su falso reposo se recrea.

¡DESALIENTO!

SONETO LXII

Entre esperanza incierta y temerosa
Que al crudo cierzo de fortuna airada
Está casi marchita y agostada
Como al rigor del cielo tierna rosa;

Que en sazón más alegre y venturosa
En firme amor y limpia fe fundada,
Se vió florida, rica y esforzada
Y en empresas más altas victoriosa;

Ahora ¡ay triste y áspera mudanza!
Está del grave amor tan oprimida
Que osa apenas cobrar un breve aliento:

Vuelta la viera yo en desconfianza:
Que así tuviera fin mi amarga vida
Ó eterno desengaño el pensamiento.

INJURIAS DEL AMOR

SONETO LXIII

Suele amor para alivio del tormento
Que causa á los amantes desdichados,
De bienes cortos, con dolor mezclados
Hacer un desigual repartimiento.

Deja al que más sirvió menos contento,
Y traspasa su premio al descuidado:
Mas poco dará al uno y otro estado;
Que su favor se muda como el viento.

Y á mí que de firmeza y desventura
Soy ejemplo infeliz, de sola pena
Me mantiene y me niega la esperanza.

Y así ciego y sin luz, en cárcel dura,
Vivo sin esperar hora serena
Con fe y fortuna escasa de mudanza.

FELICIDAD DEL DOLOR

SONETO LXIV

Estoy sin alma vivo; amo y no espero;
¡Nuevo monstruo infeliz, prodigio extraño!
Hurto el rostro á la luz del desengaño
Cual nocturna ave al rayo del lucero.

Sigo de este deseo lisonjero
Los consejos trazados en mi daño,
Y por la oscura senda del engaño
Tras las sombras del bien corro ligero.

Y aunque entre el curso incierto y peligroso
Donde me lleva un loco pensamiento,
Me voy de un mal en otro despeñando,

Sólo en mi dulce afán hallo reposo,
Gloria en la pena, alivio en el tormento:
¡Tanto mi ciego amor se va esforzando!

AL AMOR

SONETO LXV

Amor, tú sabes bien que desde el día
Que á precio de temor, pena y cuidado
Te dí mi libertad, nunca has cesado
De ejecutar en mí tu tiranía.

Y sabes que no quiero, ni podría
Sacudir de mi cuello este pesado
Yugo, con que me llevas apremiado
Por donde menos caminar debría.

Deja ya, pues, de acrecentar mi pena;
Que si es culpa mirar mis tristes ojos
Con lágrimas, la tienen redimida

En aquella alma, de piedad ajena,
Que tiene sus arpones por despojos
Ejecuta su saña endurecida.

FIRMEZA AGRADECIDA

SONETO LXVI

Sujeto digno de inmortal historia;
Torre de alto valor firme y segura
En quien la fortaleza y hermosura
Compiten entre sí con igual gloria;

Si en tí está fresca y viva la memoria
De mi antiguo dolor, de mi fe pura,
Malgrado de la suerte avara y dura,
He de alcanzar del crudo amor victoria.

Y ya me dice dentro de mi pecho
El leal corazón que nunca engaña
Que ha de ser su firmeza agradecida:

Que no verá otro nudo más estrecho
En cuanto alumbra el sol ni la mar baña,
Ni otra llama de amor más encendida.

LA PREZ DE LA JORNADA

SONETO LXVII

Es tan grande la angustia de mi pecho
Que en todo cuanto Dios tiene criado
El sitio alegre y claro y más holgado
Se me figura triste, obscuro, estrecho.

De espinas duras me compone el lecho
Este importuno y áspero cuidado,
Y apenas temo el mal, cuando ha llegado,
Á penetrarme el corazón derecho.

Blanco soy á do amor sus flechas tira
En competencia de fortuna airada:
Vélas venir el alma y no se muda.

Que como el noble corazón aspira
Á la gloria inmortal de la jornada,
No hay mengua en su valor, ni en su fe duda.

RAYO DE LUZ

SONETO LXVIII

Torre de alto valor firme y segura
Á los golpes de amor y de la suerte,
Adonde de la envidia y de la muerte
La virtud generosa se asegura;

Descubre alguna luz desde tu altura,
Con que á salvarse mi esperanza acierte,
Que ya el nubloso cielo y tiempo fuerte
Derrama sobre mí su sombra obscura.

Y si el temor no engaña, en este estrecho
Siento las olas ya y el crudo viento
En las opuestas rocas hiere y brama.

Mas hierve más amor dentro en mi pecho;
Crece la fe, y aspira el pensamiento,
Émulo de Leandro, á amor y fama.

CULTO INMORTAL

SONETO LXIX

Bien como el can fïel que se ha perdido
Solícito, continuo y anhelando,
Va con torcidos pasos rastreando
El olor de su dueño conocido;

Que aunque esté con halagos detenido
Adonde le acogieron lisonjeando,
Sintió apenas la voz del amo, cuando
Sale á buscarle alegre y desvalido;

Así mi corazón que enagenado
De su bien por industria ó por engaño
Hasta ahora moró en poder ajeno,

En recibiendo del semblante amado
Un rayo, que destierra el desengaño,
Adora el sol que enriqueció su seno.

FELIX MORS

SONETO LXX

Cuanto me aflige más este cuidado
De quien vivo ofendido y satisfecho,
Tanto más se endurece el duro pecho
De aquella que me tiene en este estado.

¡Oh pura fe! ¡oh amor jamás falseado!
¿Quién podrá mantener vuestro derecho,
Si mi causa se halla en tal estrecho
Que es la parte su juez y juez airado?

Mas la justa razón dicha sin arte
Puede mover un pecho generoso:
Oye y después pronuncia la sentencia.

Que aunque sé que jamás has de ablandarte,
Moriré sin quedar de mí quejoso
Al injusto rigor de tu violencia.

SANCTA SPES

SONETO LXXI

Nadie viva seguro de su estado:
Que está ya el mundo de imposibles lleno
Y al aura mansa, al sol claro y sereno
Sucede tempestad y viento airado.

Y á veces frágil barco desarmado,
Victorioso salió del mar Tirreno,
Á do un fuerte bajel, en tiempo bueno,
Quedó á vista del puerto sepultado.

El sabio Palinuro, que la armada
Largos años rigió del gran Troyano,
Con su muerte dejó claro escarmiento.

Mas ¡ay! que mi esperanza desvelada
De un injusto temor, que no fué vano,
Murió, dejando vivo el pensamiento.

IMPENITENTE

SONETO LXXII

Vuelvo no cual rebelde fugitivo
Que teme de su dueño el rostro airado;
Mas cual vasallo antiguo y desdeñado
Que tiene fe segura en pecho altivo.

Vuelvo y descubro el sentimiento vivo
De un dolor no creído ni aliviado,
Confesando que muero de mi grado
En tan gloriosa sujeción cautivo.

Mas no consiente amor que mi tormento
Tenga fin, ni principio, ni esperanza,
Que aun del mal que padezco está envidioso.

Tal es la causa y tal el pensamiento,
Que puesta gloria y pena en la balanza,
Queda el peso del bien y el mal dudoso.

ENMIENDA Y CONTRICIÓN

SONETO LXXIII

Cuando en la flor de mis primeros años
Un tiempo amor me helaba y encendía
Y entre esperanzas vanas se cubría
La innumerable suma de mis daños;

De promesas mezcladas con engaños
Se apacentaba el alma y mantenía,
Y entre nieblas de amor se obscurecía
La luz clara de tantos desengaños.

Mas ya con la experiencia de mis males
Ha llegado á tal punto el escarmiento
Que del favor más cierto estoy dudoso.

En fin, aun los remedios son mortales:
¿Cómo podrá el enfermo pensamiento
Á las sombras del bien tener reposo?

TEMOR DE LA PROPIA DICHA

SONETO LXXIV

Desde la cumbre del feliz estado
Donde llegó mi fe nunca vencida,
Miro, no sin temor de la caída,
La posesión del bien no imaginado.

Que aunque la niebla del dolor pasado
Está casi deshecha y consumida,
La corriente de gloria detenida
No cabe en pecho á largo mal usado.

Así en la nueva y súbita mudanza
De mi bien repentino y sospechoso
No puedo respirar sin sobresalto.

Cerca está del cuchillo la esperanza,
Tras la calma se turba el mar piadoso:
Tal es la condición del bien más alto.

DICHA PERDIDA

SONETO LXXV

Antes que sueño eterno en noche obscura
Cierre los ojos donde amor se anida,
Mirad de una tragedia no fingida
El funesto sujeto y desventura.

Veréis cifrado en sola una figura
Cuanto enseña el teatro de esta vida,
¿Y habrá de hoy más fortuna tan florida
Que en la cumbre del bien viva segura?

Mas no hay pecho tan fuerte que resista
Á tal dolor: no hay ojos de tirano
Que enjutos puedan ver tan triste historia.

La envidia fiera ya huye de tal vista:
¿Qué hará el amor que ya suspira en vano
Viendo en tierra la alcázar de su gloria?

FRUTO DE ABROJOS

SONETO LXXVI

Esconde el labrador el rubio grano
En la tierra fïel y agradecida,
Muere en su amado seno, y cobra vida;
Brota con nuevo ser rico y lozano.

Halla después la codiciosa mano
En la espiga del fruto enriquecida,
Que del afán y pena padecida
El dudoso esperar no salió en vano.

Sembré y al parecer en buen terreno,
Reguéle con la lluvia de mis ojos,
En el maduro Otoño de mis años.

Mírole ahora de asperezas lleno,
Que en vez de fe y de amor produce abrojos
De ingratitud, desdén y desengaños.

Á SU RETIRO

SONETO LXXVII

Tú que encubriste el hurto más famoso
De peligro mayor y más ventura
Que acometió jamás en noche obscura
Solícito ladrón con pié medroso.

Ahora que de avaro y de envidioso
El hado injusto y áspero procura
Mezclar en poca miel mucha amargura
Y convertir en pena mi reposo;

Ahora me recibe allá en tu seno,
Que sólo en tu favor y confianza
De mil graves peligros me aseguro.

Que aunque turbó fortuna el sol sereno,
Pienso ver apesar de su mudanza,
Más claro el sol en ese abismo obscuro.

AL SUEÑO

SONETO LXXVIII

Pasóse cual cometa el bien ligero
Con curso tan veloz y presuroso,
Que apenas juzga el ánimo dudoso
Si el bien fué imaginado ó verdadero.

Amor, amigo falso y lisonjero,
Por hacer mi dolor más rigoroso,
Me representa al vivo el venturoso
Tiempo que ya jamás gozar espero.

¡Oh breve gloria! ¡Oh sueño dulce y vano,
Clara y cierta señal del mal presente!
¿Cuál dios te envió, que así de mí te alejas?

Dicen que de la muerte eres hermano;
Mas tu aspereza esta opinión desmiente,
Pues, llevándome el bien, vivo me dejas.

TEMPESTAD

SONETO LXXIX

La ciega llama que en el más seguro
Pecho, y más desigual salta y se aprende,
En vuestro corazón jamás se enciende
Más que fuego en peñasco helado y duro.

El invierno su velo triste, obscuro,
Por el turbado cielo esparce y tiende,
Muere la niebla que á la luz se ofende,
Y vuelve al mundo el sol hermoso y puro.

El mar se aplaca; el aire se serena:
El viento calma; la onda soñadora
En la amorosa playa no resuena;

Derrítese la nieve transformada
En arroyos de plata, y de mi pena
Jamás se ve la furia mitigada.

INSISTENCIA

SONETO LXXX

Parto de do jamás partir querría,
De un celoso desdén acompañado,
Alegre del esfuerzo que he mostrado
En huir de la empresa que seguía.

Mas apenas se alzó la niebla fría
Que en el alma esparció el desdén airado,
Que muero por volver donde he dejado
La parte que es más propia y menos mía.

Al fin la breve ausencia y el recelo
Fué yesca do se prende el fuego ardiente
Que crece más cuanto es más resistido;

Así cuando se arrasa el turbio cielo
Se muestra el claro sol resplandeciente
Que estuvo entre ñublados escondido.

ENOJOS

SONETO LXXXI

De su ingrato señor mal satisfecho
Suele un vasallo noble y desdichado
Acoger en el ánimo indignado
Las ondas de ira que alteró el despecho.

Mas no tan presto en el hidalgo pecho
La antigua fe mostró el respeto usado
Que calma el viento del desdén airado
Y el mar se allana en el hirviente estrecho.

Así mi bien nacido pensamiento,
Mal premiado de amor, romper querría
El duro lazo que le impide el vuelo:

Mas reprime aquel breve movimiento
La esperanza cortés que á no ser mía
Llevara fruto en el rigor del hielo.

SÍSIFO

SONETO LXXXII

Por áspero camino y despoblado
Do nunca humano pié selló la arena,
Por tierra inculta y de piedad ajena
Gran tiempo y con gran riesgo he caminado;

Y ahora que pensaba haber llegado
Á descansar de la pasada pena,
Ahora amor y mi fortuna ordena
Que el bien esté de mí más apartado.

Al fin, pues no es posible retirarme
Ni llegar al lugar donde deseo,
Caminaré, cual Sísifo, aunque en vano;

Que es justo de mi mano castigarme,
Pues esperé en mi loco devaneo
Lumbre de un ciego y premio de un tirano.

FALAZ SIRENA

SONETO LXXXIII

Cual de soberbios vientos combatida,
En medio de la mar brava y furiosa,
Suspensa está la nave y temerosa
De las ondas contrarias detenida;

Á semejante estrecho reducida
Vive vuestra alma incierta y congojosa,
En tempestad de amor ciega y penosa,
En pensamientos vanos afligida.

La libertad os llama desde el puerto;
Mas estáis tan adentro ya engolfado,
Que ni sentís su voz, ni vuestra pena.

Mirad vuestro peligro; estad despierto;
No os adormezca el canto enamorado
De esa engañosa y mísera sirena.

Á LA PASIÓN CELOSA

SONETO LXXXIV

Hija de amor, crüel y mal nacida,
Turbadora del bien y del contento,
Que en un tiempo gozó mi pensamiento
Subiendo para dar mayor caída;

Después que por mis venas fué esparcida
La ponzoñosa fuerza de su aliento,
Mil accidentes por mi pecho siento
Que en breve tiempo acabarán mi vida.

Y la señal más cierta de este daño
Es que cualquier remedio provechoso
Causa contrario efecto en mi dolencia.

La luz me ciega; alúmbrame el engaño;
Morir querría y no vivir dudoso:
Que un largo mal acaba la paciencia.

AL AMOR

SONETO LXXXV

Aquí donde en un tiempo ví florida
Mi marchita esperanza, y donde ahora
El bien pasado y mal presente llora
El alma de mil penas combatida;

Aquí con la voz ronca, enflaquecida,
Donde al cielo se alzó clara y sonora,
Cual mortal cisne cuando llega su hora
Celebraré el dolor de mi partida.

Óigame y juzgue Amor; y si he quebrado
Jamás su santa ley, de mi firmeza
Eterno olvido borre la memoria;

Mas si tu limpia fe nunca he manchado,
Del pecho ingrato ablanda la aspereza
En el remate amargo de mi historia.

PELIGROS DEL MAR

SONETO LXXXVI

Si en este tiempo blando y sosegado
En que sin niebla espesa ó turbio velo,
El sol descubre en el sereno cielo
Su alegre rostro y resplandor dorado;

Si cuando por la popa enderezado
El viento sopla con templado vüelo,
Mi esperanza navega con recelo
De no llegar al puerto deseado;

Es porque el viaje es largo; el mar mudable
Tiene continuas calmas, vientos varios,
Peñascos escondidos, monstruos fieros,

Importunas borrascas, tiempo instable,
Blancas sirenas, ásperos corsarios,
Temores vanos, miedos verdaderos.

Á CINTHIA

SONETO LXXXVII

Si de la dulce flecha enarbolada
Tienes ¡oh Cinthia! el corazón herido,
Y de amante discreto y no fingido
Con fe pura y leal eres amada;

Vive en tu alegre suerte recatada
Sin fingir nuevo amor ó falso olvido:
Que se suele llorar un bien perdido
Cuando la puerta al bien quedó cerrada.

Y aun es para el honor prueba dañosa
Tentar con falsa muestra de mudanza
La firmeza de un noble pensamiento;

Que en el furor de una pasión celosa
Ni el respeto jamás guardó templanza,
Ni se rindió el dolor al sufrimiento.

EL TEMPLO DEL DESENGAÑO

SONETO LXXXVIII

Tiempo es ya de volver mi pensamiento
Al lugar que dejaste por su daño,
Escuchando la voz del desengaño,
Trocar su vano y peligroso intento.

Tiempo es ya de fundar sobre cimiento
Tal que accidente natural ó extraño,
Secreta mina ó máquina de engaño
No cause en tu firmeza sentimiento.

Mira aquel edificio levantado
De tu incierta esperanza y breve gloria
Que entre ruïnas deja ilustre ejemplo.

Y en este mismo sitio desdichado
Á fuerza del dolor y la memoria
Fabrica al desengaño nuevo templo.

BIEN DE VIVIR ENGAÑADO

SONETO LXXXIX

Después que por ganarme no soy mío,
Nueve veces mostró la edad ligera
Las flores de la verde Primavera
Y los secos despojos del Estío.

Mas nunca pudo el seso y albedrío,
Ora con dulce imperio, ó ley severa,
Enfrenar la esperanza lisonjera
Que de mí tiene entero señorío.

Ahora ya en el término postrero
Del trágico sujeto de mi historia
Con mayor luz me hiere el desengaño.

Cobro la vista, sí; mas luego muero,
Porque Amor, envidioso de mi gloria,
Me roba el bien de mi sabroso engaño.

YUGO ROTO

SONETO XC

Amé un tiempo y sufrí, sin ser amado,
Cuanto puede Amor dar pena y tormento;
Ahora cobro á mi dolor aliento,
Del amoroso yugo desatado.

Mas no estoy, aunque libre, en tal estado
Que ose aflojar la rienda al pensamiento,
Que el largo desengaño y escarmiento
No consienten que viva descuidado.

Ni la dolencia grave fué de suerte
Que en mi convalecencia perezosa
No me retienten varios accidentes.

Y así más recatado, que no fuerte,
Traigo en guarda del alma temerosa,
Los rebeldes sentidos ya obedientes.

MADRIGALEJO

No es pequeña enemiga
Aunque no tenga otra arte ni destreza
La que tiene donaire y gentileza.
No faltará quien diga
Que el amor es deseo de belleza
Que de unos ojos claros,
Ricos de amor y de piedad avaros,
Salen ardientes flechas
Que á corazones libres van derechas.
Mas yo sé que del mío
No turbarán la paz ni el señorío:
Que hermosura sin alma
En el reino de Amor no lleva palma.

AL ÁNGEL DE LA GUARDA

CANCIÓN

¡Ah de la Guarda paraninfo santo,
Ángel-soldado, capitán valiente!
¡Ah de la vela, que el presidio asaltan!
¡Al arma! ¡Al arma! Que el horror y espanto
Del enemigo ya se acerca y siente
Y del incendio las centellas saltan.
¡Socorro! ¡Apriesa! Que las fuerzas faltan.
¡Oh velador divino
Que corres de los cielos el camino!
Aquel favor imploro
Que en rubios cercos de oro
Sueles sudar á aquel que en tí confía
De aquellos reinos, donde siempre es día.
Tú, que al gobierno estás y al fuerte animas,

De mis sentidos celestial guerrero,
Puesto en el alma por escolta y guarda,
Ahora es tiempo que la espada esgrimas
Contra el rebelde desmandado y fiero
Loco apetito que en el campo aguarda.
La furia crece y la razón se tarda:
Y en este desafío
Está como cautivo el albedrío.
Perdido ya sin duda,
Si tu favor no ayuda;
Escucha, pues, mis lágrimas y ruegos,
Argos divino de mis pasos ciegos.

Muévate el ver el desigual combate
De mis deseos tan contrario en ellos;
Mas ¿qué no harán en un tan flaco muro
Que con mis manos se conquista y bate
Los puros rayos de unos ojos bellos?
Hágome piedra y resistir procuro,
Y en vano me defiendo y aseguro:
Que estoy perdido y ciego
Y dentro de las piedras vive el fuego.
¿Qué no podrán con esto
Un fuego en otro puesto;
Ni qué muralla habrá que no se rinda
Á la preciosa vista de Lucinda?

Los encendidos pensamientos míos,
Almenas fuertes y corona á un tiempo

De aquella dulce libertad perdida,
Están ahora en mi defensa fríos,
Y las roturas han llegado á tiempo
De mi confusa y licenciosa vida.
¡Qué! ¿intenta el apetito hallar subida?
En humo y llama envuelto
Está el entendimiento,
Dispuesto á la defensa;
Pero la furia inmensa
De la pasión rendida á sus antojos
Á la misma verdad tapa los ojos.

Por la parte de adentro mis sentidos
Las armas favorecen del contrario;
Amotinados con el fin honesto,
Siguen turbando mis deseos perdidos,
Como es en los motines ordinario.
Está el Amor sobre la escala puesto
Con la bandera del hermoso gesto
Diciendo: «¡Arriba! ¡Arriba!»
Sube la voz en alto;
Esfuérzase el asalto,
Acometiendo sin hallar reparo
Peregrina hermosura, ingenio raro.

Gracia, donaire, compostura y brío
Siguen sus pasos y en el fuerte saltan,
Y cada cual mi muerte solicita;
¡Oh tú, que puedes en amparo mío

Poner las armas que al discurso faltan!
Ciego de un ángel, que tu rostro imita,
Dame la vista que su luz me quita,
Ó dime si eres ella,
Porque pintura tan hermosa y bella,
Si no es ángel del cielo,
No es cosa de este suelo;
Deidad debe de ser entre lo humano,
Á cuya fuerza lo imposible es llano.

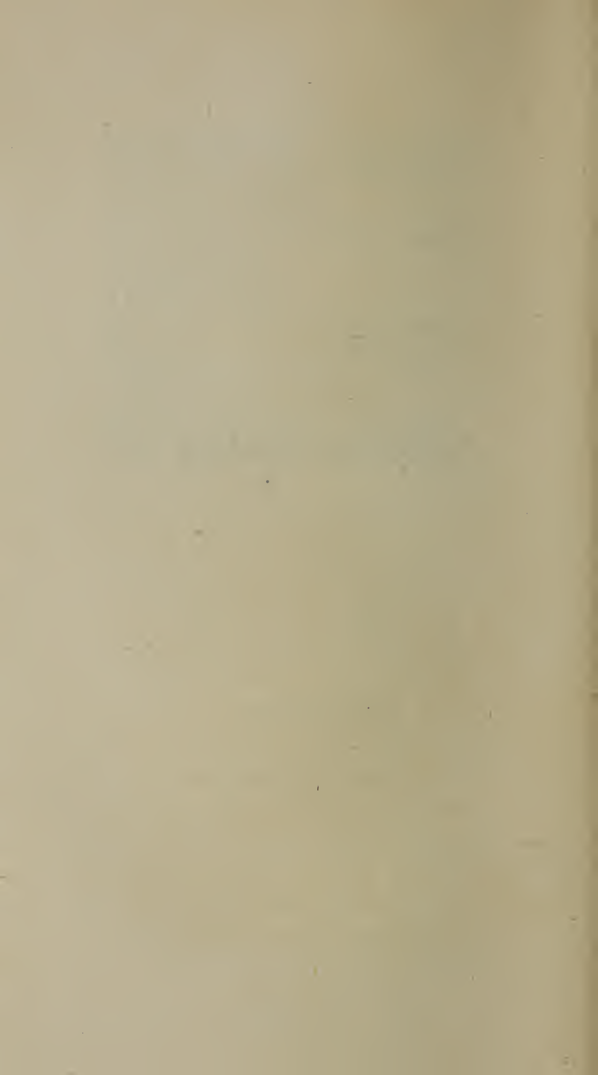
Ya de su boca, milagroso hechizo,
Clarín de nácar engastado en perlas,
Suena su voz y la victoria canta:
Ya las cadenas del cabello rizo,
Cárcel del alma á quien llegare á verlas,
Arrastran por el suelo mi garganta;
Y la soberbia y vencedora planta,
Ungida con mi llanto,
Su imperio dice y el amor mi encanto;
Y porque ciego adoro
Los ojos por quien lloro,
Me tienen por rebelde y obstinado
Al fuego de las llamas condenado.

Estas son de mi mal las ocasiones,
¡Oh gran soldado valeroso y fuerte!
Y estos los daños por Amor causados.
Pero pues sabes deshacer prisiones,
Romper cadenas y librar de muerte,

Quemar ciudades y abrasar estados;
Á lástima te muevan mis cuidados,
Y el alma prisionera
Libre me deja, ó vuélveme siquiera
Ese sol fugitivo
Perdido por altivo
De cuantas veces colorando nubes
Al alto cerco de la nube subes.

Canción, si no llegares
Á donde vas, siquiera serás buena
Para cantar al són de mi cadena.

VERSOS VARIOS



Á LOS CELOS

SONETO XCI

Estos, hijos de Amor, que, en punto fuerte,
Por mal de muchos fueron engendrados,
Andan para ofender tan disfrazados
Que no hay quien de ellos escaparse acierte.

Hacen al más dormido que despierte:
Forman del aire montes levantados
De mil vanas sospechas y cuidados
Con que á su mismo padre dan la muerte.

Jamás toman con nadie buen acuerdo;
Y en el alma, do hallan más entrada,
Mueven con más furor más cruda guerra.

No le aprovecha el seso al que es más cuerdo,
Esfuerza á la verdad que está asombrada
Cual sol de nube que su luz destierra.

Á UN PERO
MUY GRANDE Y HERMOSO

SONETO XCII

¿En qué tierra tan fértil has nacido,
El dulce fruto tierno y oloroso,
Y cuál árbol lozano y generoso
Con tan noble tributo ha respondido?

¿Cómo la lluvia espesa no ha podido
Deslucir su color vivo y hermoso?
¿Cómo escapó del hielo rigoroso
Y del Invierno triste y encogido?

Si acaso le produjo aquel terreno
Adonde el rico y receloso Atlante
Vió florecer los frutos de oro fino;

Tal pudo ser el que en el sitio ameno
Vedó Dios y probó el hombre inconstante
Siguiendo un solo antojo y desatino.

RENUNCIAR PARA CASTIGO

SONETO XCIII

Este rey que nos dió la buena suerte
Y por tal fué de todos aceptado,
Está del nuevo peso tan gastado
Que el sustentarle siente á par de muerte.

Y así con pecho generoso y fuerte
Renuncia la corona de su grado,
Antes que el reino ingrato conjurado
En su mengua y su daño se concierte.

Y este acuerdo y consejo ha procedido
De nuestra inobediencia, ¡oh dura gente!
Digna de ser regida de un tirano:

Que ni pagáis servicio prometido,
Ni el amor y el cuidado diligente
Con que agradaros procuraba en vano.

Á UNA DAMA

QUE LE MOTEJÓ DE QUE NO COMPONÍA SINO VERSOS GRAVES

REDONDILLAS

Antes que mi sufrimiento
Pierda el premio merecido
De haber callado y sufrido
En la fuerza del tormento,
Dadle, señora, licencia
Á mi mal templada pluma,
Que cifre el valor en suma
De mi fe y de mi paciencia.
Y vos que en mi vida incierta
Sois norte de mi deseo,
Ojos donde claro veo
Mi esperanza viva ó muerta,
Derramad la luz serena
Sobre estos turbios nublados,

Que en mi alma están mezclados
De vuestro olvido y mi pena.
  Y allí podréis descubrir
Lo que no sé encarecer;
El mal que sabéis hacer
Y lo que yo sé sufrir.
  Mas si mi ruego os parece
Poco cortés y sufrido,
No pierda por atrevido
Lo que por mi fe merece.
  Y antes que pierda el acuerdo,
Escuchad atenta un poco,
Que á veces se escucha á un loco
Con más gusto que no á un cuerdo.
  Y más si de su locura
Ha sido la causa amor,
Cuyo divino furor
Vence la mayor cordura;
  Y la lengua tarda y muda
En dulces modos desata
Y á tiempos la turba y ata
Que es una elocuencia muda.
  Mas yo cercano á mi muerte
En voz confusa del llanto,
No sé si lloro ó si canto
El triste fin de mi suerte.
  Sólo sé que el alto vuelo

Del pensamiento animoso
Si no feliz, fué famoso,
Pues osó llegar al cielo.
De cuya gloria y alteza,
Cual Faetón, fué arrojado,
De un rayo de amor airado
En el mar de mi tristeza.
Verdad es que su caída
Tuvo efecto diferente,
Que él murió con fuego ardiente,
Y en él mantengo la vida.
Mas vida sin esperanza
Presto su nombre convierte
En una prolija muerte
Que se sigue y no se alcanza.
Y en este tan triste estado
Tomaría por partido
Que mi mal fuese creído,
Aunque no fuese aliviado.
Que si á tan alta verdad
Amor negara el derecho,
Vuestro generoso pecho
Le otorgara la piedad.

Á LA FIESTA DE UN REINADO

ROMANCE

Caballeros y homes buenos,
Infanzones, fijos de algo,
Nobles matronas y dueñas,
Damas donde está encerrado
Todo el tesoro y poder
Del dios ciego y rey tirano;
Quiero que vos sea notorio
Cómo habemos acordado
De mantener unas cortes,
Dentro de muy breve plazo,
En las cuales se celebren
Con gran pompa y aparato
Los venturosos principios
De este mi nuevo reinado.

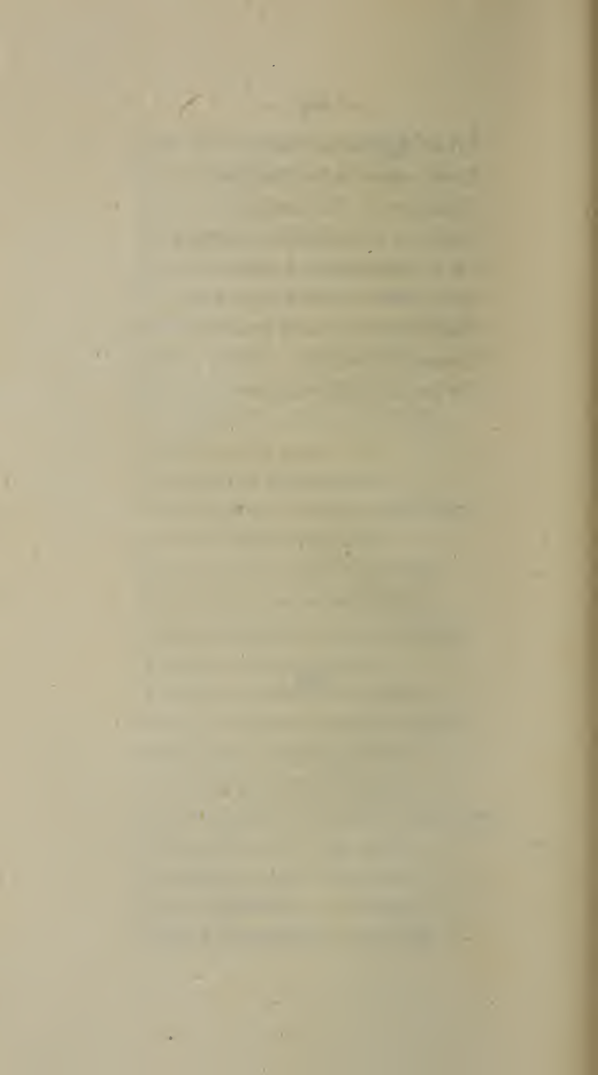
Non excluyo ende á ninguno
De naturales ó extraños,
Con tal que no hayan caído
En los crímenes y casos
Que los doctores de Amor
En sus leyes expresaron,
Ni haya dejado pasar
La flor de sus verdes años
Sin amar dueña ó doncella
De ardiente amor y afinado,
Como es tenudo á facer
Cualquier home bien criado,
Para alcanzar prez y nombre
Entre los demás honrados.
Y para guardar justicia
Al menor, como al más alto,
En esta prohibición
También ordeno y declaro
Que dejo comprehendido
Á nuestro mayor hermano,
De quien publica la Fama,
Y es testimonio no falso,
Que jamás de Amor las flechas
Su corazón penetraron.
También es mi voluntad
Que ningún amante ingrato,
Ya sea fembra ó varón,

De cualquier nación ó grado,
Pueda venir ante nos,
Sin haber antes purgado
La culpa de su delito,
Con dolor y llanto amargo,
Cumplida la penitencia
É impuesta por home sabio,
Estimador rigoroso
De semejantes agravios,
Y castigador severo
De amadores desalmados,
Que con ficciones arteras,
Con lisonjas y falagos
Conquistan las libertades
De pechos nobles y blandos.
Finalmente quien no hubiere
Humilmente confesado
Sus errores y delitos,
Sus sinrazones y engaños,
Y satisfecho á la parte,
Y plañido su pecado,
Habida gracia y perdón
De aquel Señor soberano
Que los premios y las penas,
Los gozos y los cuidados
Reparte á su voluntad,
Sin catar razón ni estado,

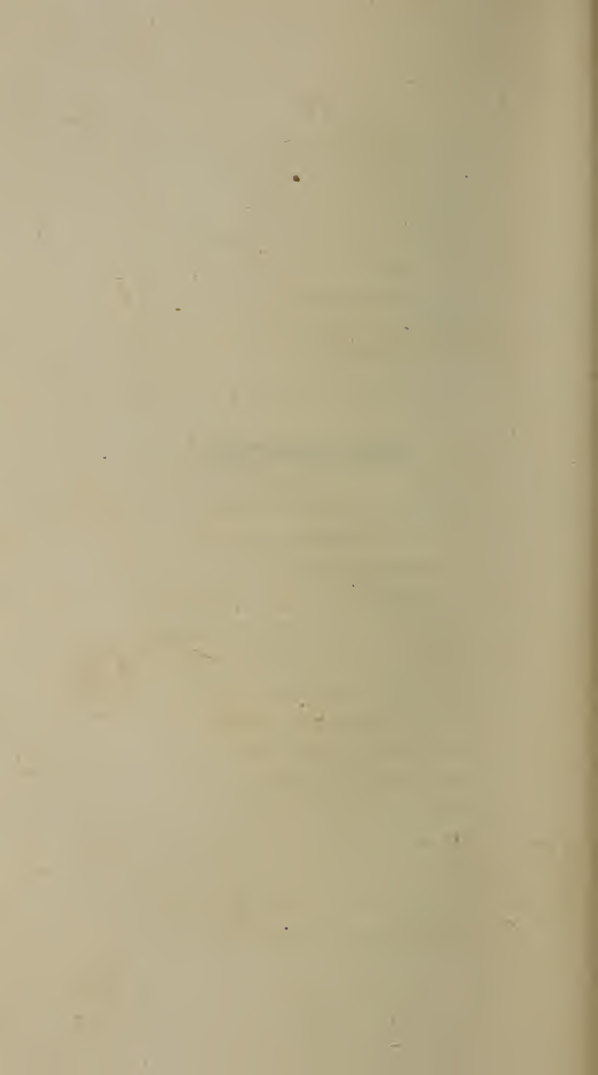
Non parezca ante nosotros,
Porque el libre desacato
Y sus antiguos delitos
Serán luego castigados:
Que tenemos experiencia
De propios males y daños
Que no hay dolor que así aflija
Como el vivir engañado,
Sirviendo sin galardón
Y esperando siempre en vano,
Cogiendo de amor y fe
Desdenes y desengaños.
Venid, pues, á honrar mis fiestas
¡Oh mis leales vasallos!
Que non vos pienso agravar
Con pechos extraordinarios,
Nin quebrantar vuestros fueros,
Faciendo desaguisados.
Vuestras voluntades quiero
Non por fuerza, mas por grado,
Ganadas á buena guerra,
No habidas á mal engaño.
Que aunque el caso me hizo el rey
Non quiero ser rey, acaso,
No injusto, mal derechoso,
Non soberbioso, ni airado;
Manso, homildoso, modesto,

En el rigor reportado,
Ensalzador de los buenos,
Abatidor de los malos.
Dada en la ciudad de Burgos
En el principio del año
Que quiera el Cielo que sea
Más dichoso que el pasado,
Poniendo fin á las cuitas
De los mal afortunados.

FIN



APÉNDICES



I

VIDA BURLESCA
DEL SACRISTÁN DE VIEJA RÚA

Prestadme atentas orejas,
Podencos de toda caza,
Que bien prestaréis de ellas,
Pues que las tenéis tan largas.
Informantes rigorosos
De mis cuartos y mis blancas,
Que viven de los que mueren
Y comen de lo que mascan;
Críticos censuradores
De mis toscos epigramas,
Que, á faltar Calatayud,
Burgos no los desdeñara;
Murmuradores de libros
Diez años antes que salgan,
Sin entender más de todos
Que el sastre de hacer albardas;
Licenciados en las firmas,

Y doctores en las barbas,
Que, motilones en prosa,
En verso dais alcaldadas;
Maestros que, sin saber
Tomar la pluma cortada
En mano para escribir,
Corregís ajenas planas;
Lectores, si no benignos,
Postemas envenenadas,
Que reventáis por las bocas
Podre de viles entrañas;
Ingeniosos, solamente
Sin ingenio que lo valga,
En turbar ajenas luces
Que á las del sol se aventajan;
Pues tanto queréis saber
Mi fortuna buena ó mala,
Mi vida, traza y costumbres,
Oidla en breves palabras.

La cabeza de Castilla,
Roma invencible de España,
Que, aunque es cámara del Rey,
Puede bien serlo del Papa,
Dió lugar á que naciese
Entre sus fuertes murallas,
Si no por Cid valeroso,
Por Babieca en letras y armas.

El año de ochenta y cuatro,
En el mes que gato y gata,
Olvidando los ratones,
Andan á caza de gangas,
Un domingo á media noche,
Cuando la luna en enaguas
Aguas hacía, y aun nieves
De puro fría y helada,
Capri-cornio ó capri-cuerno
El horizonte trepaba,
Triste horóscopo ascendente
De mis fatales desgracias.
Como otros nacen de piés,
Dicen que nací de nalgas,
Cierto agüero que tendría
Grande asiento, si engordaba.
El ama que me dió leche
Príncipe y rey me llamaba,
Y fuí rey por lo gorgojo
En una torta de una Ana.
Sacristán en San Torcaz
Me hacía, y mi suerte avara
Me hizo de Vieja Rúa
Sin renta y con mucha sarna.
Á la escuela me pusieron
Mis padres, que buen siglo hayan,
Y del a-be-ce en sus letras

Fuí tan torpe sacamanchas,
Que, como si todas fueran
Letras de cambio ó de pagas,
Á letra y á letras vistas
Ni acertaba, ni aceptaba;
Y así el cristiano lector
En la escuela me llamaban,
Que si no es el Christus solo
No decía otra palabra.
Salí tan lindo escribano,
Que era mi letra bastarda
De bastarda y de mal hecha
Hija de alguna probada.
Á contar nunca aprendí,
Sino sólo ajenas faltas,
Y era tan cierta mi cuenta
Que de ordinario acertaba.
Un Antonio de Nebrija,
Fuí en la gramática rancia,
Y otro Ambrosio Calepino
Romancista en lenguas varias:
De las cuales las tres lenguas,
La griega, hebrea y caldáica,
Como quien bebe con guindas,
En bebiendo, las hablaba.
Tan gran retórico fuí,
Que el atento á mi elegancia,

Si no era sordo, me oía,
Y en no andando, se paraba.
En Artes me gradué,
Y, con ser por Salamanca,
Me hallé, después de tal grado,
Más asno que antes estaba.
Letras profesé divinas,
Y queriendo en las humanas
Hacer también profesión,
Novicio quedé en entrambas.
La Teología dejé:
Que entre sus cuestiones altas,
Era ponerme á cuestión
De tormento el disputarlas.
Astrólogo fuí también,
Y era tanta mi ignorancia,
Que sin ver palmo de tierra,
Todo el cielo medí á varas.
Fuí pasante y paseante
Noches, tardes y mañanas,
De libelos, nó de libros,
De viudas, nó de casadas;
Por lo cual el vulgo todo
Padre de viudas me llama,
Mal caballo para yeguas
Tan briosas y lozanas.
Á beneficio me opuse,

Y los que me examinaban,
Sin ser Setiembre, me dieron
Muy gentiles calabazas.
Beneficios tuve simples,
De los cuales me hizo gracia
Por el Nuncio de Toledo
El que en Madrid las despacha.
Canónigo fuí de anillo,
Y no anillo de oro ó plata,
Que aqueste anillo ó sortija
Fué sortija de almorranas.
Siete años fuí co-adjutor,
Que, si otros tres durara,
Fuera galeras perpetuas
Vida tan aperreada.
La maldición me alcanzó
De las ciudades nefandas,
Y si no fuí de Sodoma,
Fuí de Gomorra ó Gamarra;
En el cual tiempo mi hambre
Fué tan continua y tan rara
Que estuve sin excrementos
Más de seiscientas semanas.
Después de esto, ya heredado,
De traza asacristanada,
El que antes era, no soy,
Y soy de esta forma y traza.

De cabeza soy Laín Calvo,
Nuño Rasura de barba,
Martín Peláez de bigotes,
Y de encías Luís Quijada.
Señales tengo en la frente,
En los ojos, cataratas,
En las narices, tabaco,
Y en la lengua un *nihil transeat.*
Teniente soy de un oído,
Y del otro, sin garnacha,
Soy oidor de necedades,
Que es la renta de esta plaga.
Costillas tengo en el rostro,
Costillas en las espaldas,
Costillas en la barriga,
Y costillas en las ancas.
En fin soy tan descarnado,
Que, aunque soy figura brava,
No soy de *carnes-tolendas,*
Sino de *carnes-ab-latas.*
Mi ingenio es agrio y fogoso,
Que, como francesa haca,
De andar siempre tan apriesa
Topa, tropieza y resbala.
Mis musas son *musa, musæ;*
Mis coplas del perro de Alba;
Mis compuestos son muy simples,

Y muy redondas mis cuartas.
Soy en las obras gentil;
Soy cristiano en las palabras;
Y en piernas y en pensamientos
Una bestia enalbardada.
Soy bárbaro y soy barbero
En pláticas ordinarias:
Bárbaro, en el discurrirlas,
Y barbero, en el contarlas.
Mi figura es de tapiz
De estatura tan mediana
Que, como espada de temple,
El pomo y punta se abrazan.
En mi sotana y manteo
Soy como Orfeo, el de Tracia,
Pues arrastro hasta las piedras
Al són de sucias cascarrias.
En mis cuellos y en mis puños
Estoy tan mal con Holanda,
Que no la gasto jamás,
Por ser isla rebelada.
La intención tengo *sincera,*
Mas no *sin-cera* mi casta,
Pues con ella solamente
Come, bebe, vive y pasa.
Mi comida y mi bebida
Y mis comunes viandas

Son de cera y son de Ceres,
Son de Baco y son de vaca.
Tengo las letras tan gordas
Y la ventura tan flaca,
Que el pretendiente más zurdo
En mí competencia alcanza.
No hallo cosa que busco;
Piedras hallo, sin buscarlas,
En los colchones espinas,
Y agujas en las almohadas.
Las puercas me paren perros;
Ratones paren las gatas;
Los gallos me ponen huevos,
Y las gallinas me cantan.
Si estoy enfermo y me curan
Los médicos de más fama,
Si han de sangrarme, me purgan,
Si han de purgarme, me sangran.
Á todos quito el bonete
Cuantos por la calle pasan,
Y aun á algunos se le pongo
Con sus esquinas más altas.
Á muchos beso las manos
Que quisiera ver cortadas
Á fuer de España, y algunas
Las beso al uso de Francia.
Los superiores venero

Y dejo al mundo que vaya
Por do suele, y en mi oficio
Hago tal cual lo que basta.
Y con aquestas desdichas
Y con todas estas tachas
No envidio mi sacristía
Á los mayores monarcas:
Que con mi sobrepelliz,
Con mi bonete con grasa
Y mi ropa de cachera
Estoy hecho un patriarca;
Echando en las aleluyas
Los días de fiesta y pascuas
Más solfas y contrapuntos
Que el gran maestro Peralta.
Vivo entre cuatro callejas
En una calle muy larga,
Como suben del Azogue,
Como bajan de la Blanca,
Frente de Santa Coloma,
Junto al santo que la capa
Partió con Ambiano el pobre,
Más ó menos dos tres casas.
Quien quisiere saber más
De lo que me sobra ó falta
Lea mis libros, que en ellos
Me podrá leer el alma.

II

DESENGAÑOS
DEL AMOR DEL MUNDO

Arrase el claro sol del desengaño
Las turbias nieblas que esparció ignorancia
Por la región de todos mis sentidos;
Acábese la gran perseverancia
Del mentiroso, lisonjero engaño;
Fenezcan sus deleites tan fingidos;
No vayan mis deseos más perdidos;
Y mi vergüenza noble y generosa
Corrija con empacho y corrimiento
Del libre atrevimiento
La despinada furia licenciosa.
El ciego error y el loco desvarío,
Á par de la razón, se desvanezcan;
Pierdan ya su tirano señorío:

El duro corazón y el pecho frío,
Enternecidos y deshechos luego
En triste llanto y en ardiente fuego.
Estámpense de hoy más en mi memoria,
Cual en rebelde bronce imagen fuerte,
Que no teme del tiempo algún quebranto,
El amargo temor de juicio y muerte,
El recuerdo feliz de inmensa gloria,
Y el triste horror del reino del espanto;
No se profane más el templo santo;
Del alma que á Dios sólo se dedica
Huya la vanidad del mundo ciego:
Que ya en divino fuego
Su noble ser, ardiendo, sacrifica,
Y el engañoso amor, caduco, humano,
Que su veneno por el seso extiende,
Turbando las más veces su discurso,
Detenga el presuroso, ardiente curso
Que tanto á la opinión y fama ofende,
Cual este mío, que por loco y vano
Hace ejemplo infeliz de amor profano,
Confuso, vergonzoso, arrepentido,
La infamia cierta del honor perdido.
Desfallezcan, pues, ya tus gustos breves,
Mundano amor y ciego desatino,
Deshechos, como polvo, al recio viento;
Y el dulce rayo del amor divino

Deshaga, como el sol las canas nieves,
Tu débil y terreno fundamento.
Celebre aquesta vez mi casto intento
La victoria que alcanza de mí mismo,
Y su fama alentada en largo vuelo
Resuene desde el suelo
Al hondo seno del profundo abismo.
Sepa el mundo que en mis primeros años
Á costa de vergüenza he redimido
La infamia que esparciste vil y fea,
Haciendo, con la enmienda, que así sea
Mayor la fama que el honor perdido.
Las gracias os podrán rendir mis daños,
¡Oh claros, aunque amargos desengaños!
Pues sacáis de su mal y su veneno
Enmienda propia y escarmiento ajeno.

Salgan en tanto de los ojos míos,
Por reseña interior de la gran pena,
Que siento de mis culpas y pecados,
En copioso licor y larga vena
Dos caudalosos y crecidos ríos
De varias ondas de dolor mezclados.
Salgan también suspiros, que formados
Del siempre lastimoso sentimiento,
Hendiendo el aire con sutil presteza,
Penetren á la alteza
Del cristalino, eterno firmamento.

Mi casi muda lengua y voz doliente
Rompa la selva del silencio espesa
De incierta confusión enmarañada,
Y ésta clara y aquélla desatada
La triste sigan y llorosa empresa.
Publiquen dolorosa y tiernamente
El interior dolor que el alma siente;
Descríbase su pena y su quebranto
Con voces, con suspiros y con llanto.

Y mientras en el sordo mar de quejas
De esta ya para mí cansada vida
No me anegue el estrecho de la muerte,
Mi voz no pueda ser interrumpida,
Hasta herir ¡oh mi Dios! vuestras orejas
Para el reparo de mi buena suerte.
Y pues á vos mi alma se convierte,
Desechando el deleite antiguo y ciego,
De amor ardiendo y de temor temblando,
Siempre considerando
La muerte, el juicio y el eterno fuego,
Esclareced la noche tenebrosa
De mis gustos, Señor, para que vea
De vuestra gracia el día hermoso y claro,
Que alcanzando, á pesar del tiempo avaro,
Del ciego amor la empresa que desea,
Mi alma que vivió triste y llorosa
Partirá de este mundo muy gozosa,

Á pisar, libre ya del mortal velo,
Las altas cumbres del inmenso cielo.
  Pues imitar no puedes, musa mía,
La melodía y el cantar sabroso
Del blanco cisne que la vida deja,
Ni el acento suave y blanda queja
Del ruiseñor en sitio verde, umbroso;
Llorando imitarás desde este día
La tórtola sin dulce compañía,
Que despide, habitando en secos troncos,
Arrullos tristes y gemidos roncos.

III

Á JACINTO

SONETO

Después que con afrenta y grave daño
De mis culpas dejé la errada vía,
Con lágrimas mezcladas de alegría,
Arrepentido, mis mejillas baño.

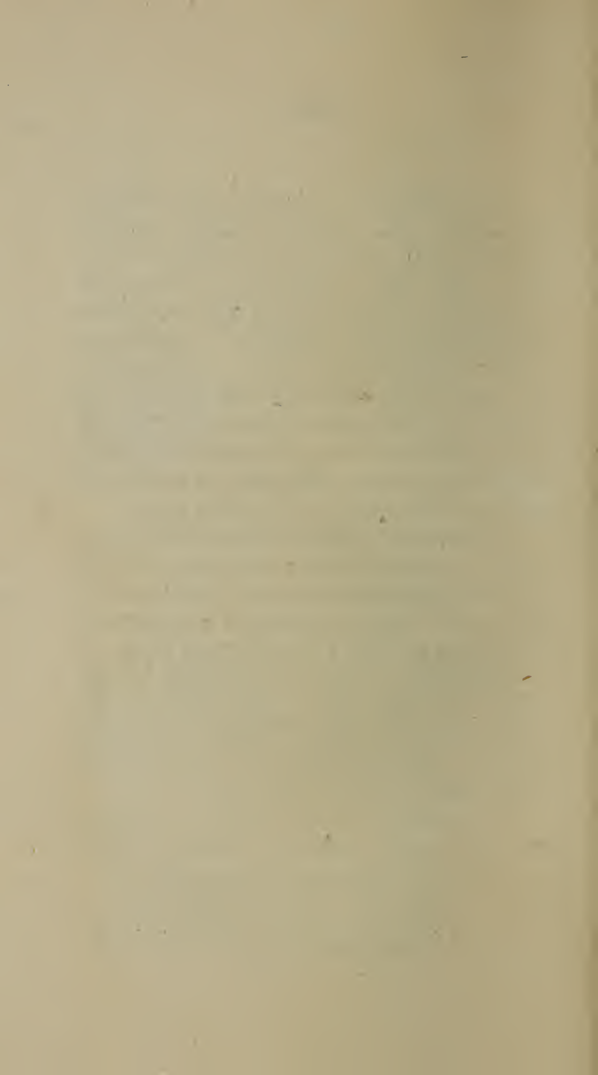
Y al nuevo resplandor del desengaño
Que amaneció, aunque tarde, al alma mía,
Veo ya convertirse en claro día
La tenebrosa noche de mi engaño.

Ya la razón alienta en largo vuelo,
Jacinto, los discursos de su historia
Para el inmenso cristalino cielo;

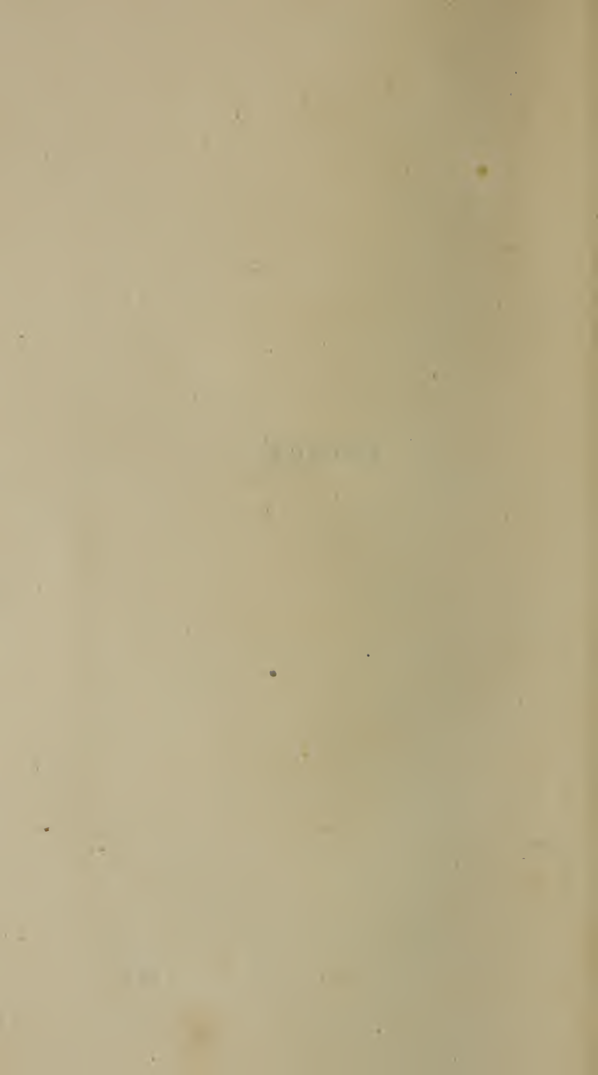
Ya desfallece la tenaz memoria
De las caducas cosas de este suelo,
Y el alma vive para eterna gloria.

N. B.—Estas tres composiciones, que atribuyo á MALUENDA, están copiadas por Martínez Añibarro del M. S. inédito que contiene las *Poesías del Sacristán de Vieja Rúa:* la primera, que se considera la autobiografía burlesca del poeta, sigue en el códice original inmediatamente al prólogo: la segunda tiene el núm. 49 de orden en el libro j, pág. 38; y el soneto lleva el núm. 28 en el lib. viij, pág. 540.—El cotejo de las dos últimas poesías con las que del mismo estilo se encuentran en el texto de las *Rimas de Maluenda* claramente demuestra que son fruto de una misma inspiración y de una misma pluma.

El soneto final *Á Jacinto* está evidentemente consagrado á JACINTO ALONSO DE MALUENDA, el autor del *Bureo de las Musas del Turia* (Valencia: por Miguel Sorolla: 1631) y del *Tropezón de la risa,* que, según Zarco del Valle y el Conde de las Navas, debió imprimirse en 1629. El Maluenda de Valencia dedicó esta última obra á D. Juan Alonso de Maluenda, Señor de la casa de Maluenda en las montañas de Burgos. Por el genio se ve que todos eran de una cepa.



ÍNDICE



ÍNDICE

VERSOS HERÓICOS

VERSOS LAUDATORIOS

VERSOS MORALES

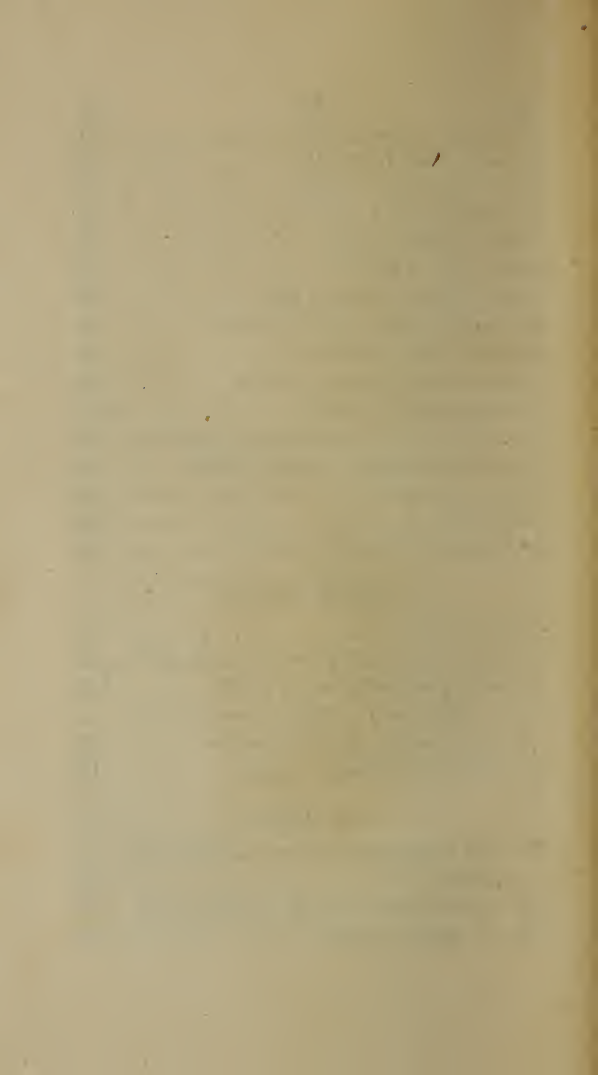
VERSOS GALANTES

VERSOS AMOROSOS

Págs.

VERSOS VARIOS

APÉNDICES

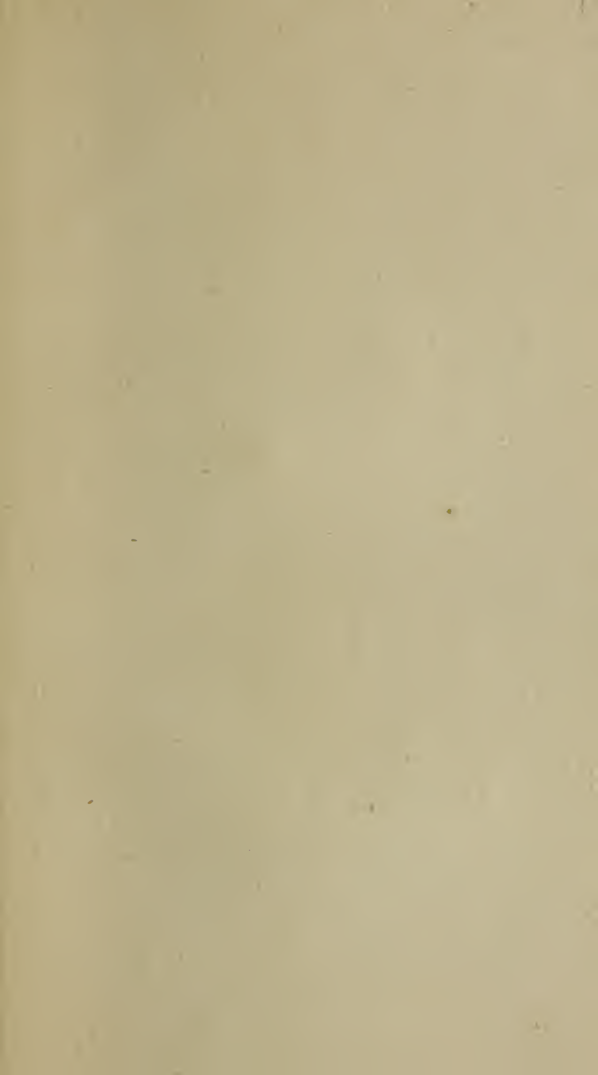


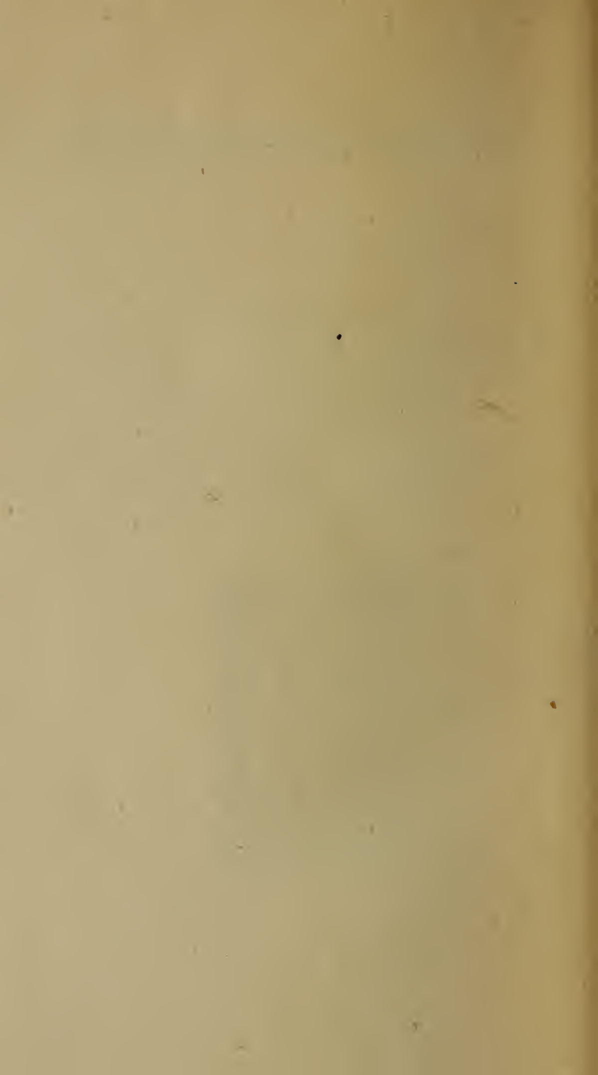


FUÉ IMPRESA
la presente obra en la Muy Noble, Muy Leal,
Muy Heróica é Invicta ciudad de Sevilla,
en la Oficina de E. Rasco, Bustos
Tavera núm. I.
Acabóse el día XVII *de Marzo del año*
de Ntro. Sr. Jesucristo de
MDCCCXCII.



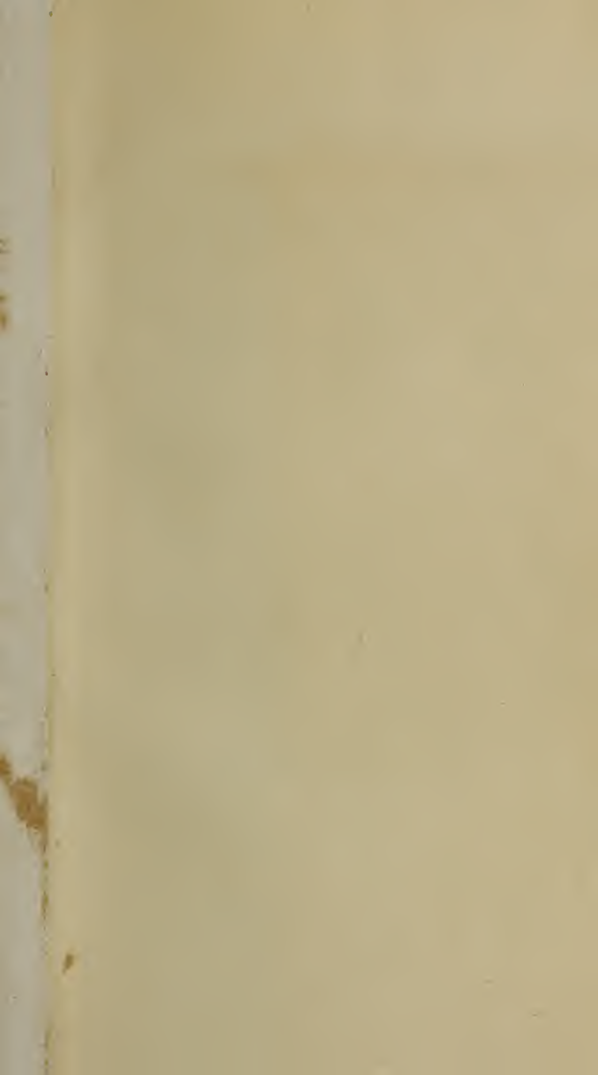














BINDING LIST AUG 15 1949

LS
M2615a

488842

Maluenda, Antonio de
Algunas rimas castellanas del abad d.
Antonio de Maluenda ... ed.by, Pérez de
Guzmán y Gallo.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

